

## PARTIDOS POLITICOS Y LITERATURA EN EL URUGUAY

Carlos Real de Azúa

Ya se trate de esclarecer la entidad, el ser de lo que se llama el partido político o ya, establecido eso, la significación de los varios que suelen desplegarse en un área histórica dada, el instrumento indagatorio que la literatura (o la expresión cultural) ofrece puede resultar, en muchos casos, imprescindible.

Aunque el partido político y la literatura (en cierto modo entendida) sean instituciones, grupos sociales, es indudable que el primero representa ámbito humano más rigurosamente normado y socializado que la segunda, mucho más libre, más flúida, más personalizada. Circuito de intercambios, le llama a la literatura en su social acepción Escarpit, que, por medio de un aparato de trasmisión extremadamente complejo, originario a la vez del arte, de la tecnología y del comercio, une individuos bien definidos (sino siempre conocidos entre sí) a una colectividad más o menos anónima (aunque limitada). Lo que Escarpit llama complejidad y lo que nosotros llamamos fluidez le prestan de consuno a la literatura una capacidad de configurar intereses, situaciones e ideologías que ningún otro conglomerado social posee. Estructuras las dos —el partido, la vida literaria— al mismo tiempo plenamente operantes y anormalmente sensibles a todos

---

Carlos Real de Azúa.— Nació en 1916, en Montevideo. Tiene el título de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Es Profesor de Literatura en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo y de Estética y de Literatura Hispanoamericana en el Instituto de Profesores Artigas. Es autor de numerosos ensayos sobre los temas de su especialidad, habiendo colaborado en publicaciones uruguayas y extranjeras (NUMERO, ESCRITURA, ENTREGAS DE LA LICORNE, FICCIÓN, MARCHA, etc.).

los factores sociales que les rodean, ambas poseen por ello un poder registrador que esos otros factores, otras fuerzas (clases, religiones, técnicas, por ejemplo) menos resonantes, más sustantivas, menos dependientes, no tienen. La capacidad de tocar en sus propios límites con todas ellas, de ser penetradas por las demás, es una aptitud de que las restantes, por lo menos en tan alto grado, están desprovistas.

Conviene empero, antes de pasar a otra cosa, postular algunas precisiones, adelantar algunos razonamientos.

Cuando se habla de literatura, en cuanto circuito de relaciones, o superestructura o fenómeno social o vida literaria, la referencia apunta indisimulablemente a la triple realidad de una colectividad humana de escritores, de una masa material de obras y de esa tenue textura complejísima que constituye el público, o el auditorio, o los inconexos lectores. A los tres ingredientes y a la forma en que se combinan, con lazos interpersonales, con centros de actividad y autoridad, en una época dada.

Y como (sobreentiéndase desde aquí) el tema está planteado y ambientado en función uruguaya, este concepto arrastra tras sí imprescindibles precisiones sobre el escritor, las obras y los mismos partidos nacionales.

Muchos rasgos distinguen, en lo general, al escritor del resto de los tipos sociales y no sólo, como suele subrayarse, aquella exigencia de desarrollo libre, incondicionado, que Lenin reivindicaba para Gorki contra los inquisidores de su partido. El escritor, el intelectual expresado es, sobre todo, el más articulado de los hombres, el humano extremo en que las peculiares razones, los peculiares impulsos de los demás seres, tácitos por lo general, silenciosos, inarticulados, adquieren voz y significado. Por otra parte, y localmente, cuanto más se retrocede hacia el pasado de la peripecia americana, más nos topamos con que, en la indiferenciada nebulosa de quehaceres en que actúan las clases dirigentes de nuestras primeras sociedades, la calidad y la condición del escritor apareció inescindible de todas las demás calidades que el hombre culto tuvo que asumir en aquellos tiempos fundacionales. Eso hizo que, como escritor, estuviera expuesto a los mismos riesgos, los mismos reclamos y las mismas fortunas que ya, a otros títulos afrontaba, que estuviera sujeto a un destino colectivo tan literalmente tal, tan imperioso, que nadie, ni siquiera provisoriamente, pudiera pensar en escapar a él. Esto decide que el escritor americano o uruguayo de esas épocas represente menos como escritor (en cuanto tal) que cualquier escritor europeo pero, en los mejores casos por lo menos, encorpe mucho más que aquél si es que tomamos la total figura de su carrera personal. Al no existir ni la más remota posibilidad de profesionalización, en una sociedad de debilísima trama institucional, en un medio en que la regulación política todo lo abarca, lo suficientemente pobre y desarbolado como para que la fortuna (como en otros momentos posteriores de la vida nacional) faculte una actitud torremarfilista (o, por lo menos, la segunda profesión del profesor, del profesional, del publicista), el escritor uruguayo se verá más inmerso en la política que cualquier intelectual europeo y más dependiente de ella, así, en todas sus posibles actividades de parlamentario, de burócrata, de periodista, de diplomático o de revolucionario.

Quiere esto decir que se verá al escritor más entreverado, en su calidad de tal, con todas las demás funciones humanas y, a la vez, más diversificado dentro de su específica actividad. Porque es que cuando hablemos de escritor, y ello nos lleva a imposable precisión sobre la literatura, hablaremos del creador de cultura a través del

medio escrito con lo que nos resultará que, cuando hablemos de literatura lo hagamos en la acepción más amplia, más material, que el término puede portar. Historia, polémica política, periodismo, oratoria, biografía, ensayo y aun filosofía y derecho lucen en nuestra literatura (ya se ha dicho alguna vez) con títulos menos discutibles que en cualquier literatura europea. No seguramente porque sean mejores que los de allende el Atlántico, sino porque los de la novela, la lírica, la crítica o el drama resultaron, por lo general, clamorosamente inferiores. Y entonces se decreta que no existe, de plano, literatura o se echa sobre todo una benevolente mirada de atención que no excluya el juicio riguroso ante cada objeto en presencia. Esto, que puede ser discutible en un abordaje puramente estético, no parece que lo sea si lo que se busca en la obra literaria es su significación vehicular es la palabra engolada, hacia otra realidad.

Las llamadas "formas marginales" de lo literario tienen entonces, en ese contexto, no sólo su derecho de ciudadanía, sino una preeminencia que es fácil de explicar. Mientras la novela o el teatro hubieran exigido, por ejemplo, un público orgánico, numeroso, estable, que no existía; "las formas marginales" en cambio, podían nutrirse del calor y del color del momento, manejando con más destreza y más libertad esos elementos candentes de la circunstancia que son, justamente, los que en nuestro caso importarán. Esa literatura refleja, comprometida, caducará frecuentemente con el accidente que la suscitó, pero habrá dejado pistas que pueden ser, en el presente intento, sumamente valiosas.

Algo debe adelantarse también sobre los partidos políticos uruguayos. En la vieja querrela de si los partidos nuestros son simples banderías personales, pasionales y familiares o si cargan, por el contrario, posiciones más generales, más permanentes, nos inclinaremos, se verá, por la segunda posición. Pero, destacaremos, esa consistencia no se refleja fielmente en sus ideas, en sus plataformas, en ningún sistema coherente de principios. Esas ideas, esas plataformas van a semejarse sensiblemente como que se levantaron sobre una base socio-cultural común y posturas ideológicas casi idénticas. Con lo que se hará necesario medir la distancia del dicho al hecho y detectar significados que no siempre se ofrecen con facilidad.

Puede decirse, en general, que en los países marginales de Occidente, con base cultural occidental, sin restos autóctonos importantes, la situación misma desde 1800 engendró un cuadro preestablecido de partidos.

Habrà, y lo hubo en casi todos los países de América hispana, un partido antimodernizador, presidido por las clases directoras de formación tradicional y base social y económica agrariosefiorial. Habrà un partido modernizador, protagonizado por las burguesías ciudadanas, de formación cultural (romántico-positivista) europea, con clara afinidad (de muy variado registro) con las naciones imperialistas, inversoras y modernizadoras. Existirán formas partidarias intermedias una de las cuales, por ejemplo, será constituida por las clases tradicionales que busquen, aliándose con las burguesías, al modo del núcleo "tory" inglés, incorporarse al proceso modernizador. Habrà, aunque son difíciles de rastrear, barruntos de formaciones políticas dentro de las cuales, las clases desposeídas en la estructura social tradicional, insurdirán a la vez contra la burguesía modernizadora y contra unas clases tradicionales que, aliándose con ésta, quebraron el contrato patriarcal de vida. Inorgánico, hasta inconfeso a veces, no tienen mejor expresión en el Río de la Plata que cierto período del pensamiento político de José Hernández. Habrà, ya a fines del siglo pasado, un partido en el cual las nuevas clases medias,

nacionales o de origen inmigratorio, intentaron arrebatar la titularidad y el provecho del proceso modernizador de manos de una ya consolidada alianza de las clases tradicionales, las viejas clases medias y los intereses económicos foráneos. Y habrá por fin ya en nuestro tiempo, la total y casi caótica redistribución de fuerzas que arrastran a la vez la clausura de la Modernidad y sus ideologías como etapa histórica, el advenimiento del proletariado a la dirección social, el robustecimiento de la clase burocrático-estatal y los tremendos conflictos del agrarismo, el urbanismo y la industrialización.

Desde ya se sienten tentaciones de orientar el esquema. Y de ejemplificar: en el primer caso, el viejo Partido Blanco, oribista; en el segundo, el Partido Colorado en su época de la Defensa o en su período "Conservador"; en el tercero, el Partido Blanco al hacerse Nacional entre 1870 y 1880; en el cuarto, expresiones multitudinarias en torno a Rivera, Oribe, Flores o Aparicio (aunque el caudillo uruguayo sea, con mucho, un modernizador); en el quinto, naturalmente el Batllismo y, en todo lo que sigue, y casi sin excepciones, rica, revuelta y promisorio, la actual ordenación, o mejor, inordinación, de fuerzas.

Sin embargo, nada es así de simple. Existen, por lo menos, tres factores diferenciadores uruguayos que todo lo complican.

El primero, dado en buena parte por nuestra situación periférica en el Continente, por la falta de sustrato indígena, por nuestro mismo origen de nación mediatizada, es que la impregnación ideológica liberal, moderna, europea, heterodoxa, se haya realizado entre nosotros casi sin resistencias. Desde la época colonial fuimos, si se nos compara con Chile, México, Perú o aun la otra Banda, "tierra de herejes" y el signo va a ser en nuestra historia, decisivo.

Esa precariedad nacional que, en el siglo pasado, nos convirtió en marca fronteira disputada, con colaboraciones orientales infaltables, por porteños, imperiales, franceses e ingleses (y esto hasta 1870) decidió que nuestro sistema de multiplicación y división incesante de partidos aparezca en buena parte enfeudado al ministerio de esas presiones, de esas tentaciones, que el extranjero tan bien supo manejar.

El tercer hecho decisivo fue, tal vez, el final de la Guerra Grande. Ese final echó un velo de indefinición sobre la pugna de las fuerzas históricas, entreveró todas las líneas y, a diferencia de lo que ocurrió en Argentina, mantuvo, por casi cincuenta años, el equilibrio precario de lo "moderno" y lo "tradicional".

El cuarto fenómeno individualizante lo constituyó, por fin, la circunstancia de que, moviéndose los partidos sobre un visible común denominador de clases e ideologías, ambiciones individuales frenéticas y tenaces aspiraciones de grupo, hayan visto franqueada la posibilidad para que, con su acción, todas las líneas posibles de inteligibilidad, todas las claves se confundieran y fragmentaran.

Todo esto decide que nuestros partidos parezcan, y sobre todo hayan parecido, excesivamente entecos como para sostener una "mundividencia", una "cosmovisión". Con lo que ocurre que se nos perderá el vínculo más firme para sostener la adscripción de nuestros intelectuales a un partido, dado ya que esas "mundividencias", al modo que en Europa pueden serlo el marxismo, el demócratismo, y el cristianismo a secas, o el liberalismo, son los planos más eficaces, más nutritivos en los que la obra de un escritor pueda filiarse políticamente.

¿Qué vías, entonces, seguir?

1) Por una parte, las obras literarias reflejan, de modo a veces borroso y a veces inusitadamente nítido los intereses, pasiones, disciplinas y, sobre todo, ideologías que nuclean un partido.

2) Por otra, la actitud que el escritor, el intelectual, el creador de cultura adopte ante los partidos, como un todo, o ante un partido, en particular, nos brinda siempre atisbos valiosos acerca de lo que un partido es, acerca de sus rumbos, de sus intereses, de su reclutamiento. Este tema se metodiza en la cuestión de la filiación de los escritores, que es una pista sólida aunque sus conclusiones deban ser tomadas con cautela, ya que las acechan todas las tentaciones de un razonamiento circular. (Puesto que es fácil, por ejemplo, declarar que tal partido es "conservador", o "liberal", o "progresista", o "reaccionario" por la adhesión de tal o cual escritor y dictaminar, a punto seguido, que tal personaje lo es por su adhesión a un partido dado.)

3) Este enfoque tiene un reverso y este reverso lo constituye la actitud que los partidos, o tal o cual de ellos, adopten ante el escritor. También nos dirá bastante sobre los partidos eso que ellos hagan con el creador y sus obras: lo que lo atiendan, lo posterguen o le asignen una función en sus rangos. La función del escritor, aludida aquí, es un vasto tema independiente que en ningún modo se planteará y sólo será examinada sobre la materia empírica nacional y lo que de ella pueda deducirse. Y, como es posible notar, todas estas últimas posibilidades se ofrecen ya sobre un supuesto radical: la ajenez, la alteridad del hombre de cultura respecto a la dirección del partido. Esta alteridad ya, en sí misma, configura una situación.

No siempre, es de destacar, los resultados de las dos deducciones anteriores tendrán que coincidir. Esto es: no siempre el fervor de la devoción o la militancia del intelectual tendrán por qué estar en función directa del lugar que los partidos le asignen, de la importancia que le concedan. Y la razón es clara. El equilibrio, la bilateralidad, en cierto modo, se rompen, cuando la pasión desinteresada, de tipo nacional o social, llevan al intelectual a militancias temporales que a él, personal o gremialmente, nada le retribuyen. Suele darse este fenómeno en situaciones de extrema conflictividad, de extrema angustia histórica. Mientras el toma y daca puede ser la regla de épocas normales, de aquel momento que Valéry llamaba l'heure de la jouissance et de la consommation générale, en las horas de crisis el intelectual suele adherir a causas que llegan a ponerlo, incluso, a él a su clase, a las condiciones de funcionamiento de la cultura, en entredicho. Y es en esas horas, en que los partidos pierden su peso de aparatos de dominio, su opacidad, su mediocridad, que el escritor (tal vez por eso mismo) da su voz más pura, la palabra que más lejos llega.

Todos estos indicios buscaremos entonces, señalando desde ya que ellos valen por un enfoque unilateral, por una perspectiva, en suma, de la significación de los partidos. Nada prejuzgamos de lo que otros enfoques (tal vez más sustanciales y seguramente más hábiles) concluyan sobre el mismo y único tema: los partidos políticos nacionales.

### III. - las obras como reflejo

Existen variados núcleos de obras en los que cualquier detección de reflejo, o testimonio, por abundancia, resulta ocioso. La biografía de intención política o, más inmediatamente, candidatura, por ejemplo. La biografía también embanderada, aunque en forma más mediata: los Rivera (Lasplacas, Salterain, Montero Bustamante, Manacorda, Antuña), los Batlle (Giúdice, González Conzi, Zavala Muniz, Rodríguez Fabregat, Mora Guarnido, Arena), los Saravia (Pintos Diago, Nepomuceno Saravia), los Oribe (José Pedro Pintos, Carnelli, Aquiles Oribe, Vignale), los Herrera, los Serrato, los Terra, los Brum, los Berreta y muchos otros. No todos estos libros están compuestos a todo color y la biografía de Saravia de José Monegal, el reciente Oribe de Stewart Vargas, el estudio de Grompone sobre Batlle y el mismo retrato de Berreta por Vidart importan tentativas de ver más lejos y mejor de lo que el núcleo dominante pretende. En la literatura de testimonio revolucionario, en los relatos de las guerras civiles es tan instrumental lo literario que, por bien escritos que puedan estar, la libertad irreflexiva de la expresión no puede jugar nunca en ellos con esa espontaneidad que tantas veces consigue decirnos lo que la obra no quiere decir. Este juicio puede valer para los dos libros de Viana ("Crónicas de la revolución del Quebracho" —recopilado en nuestro tiempo— y "Con divisa blanca"), para "Cerros blancos" de Acevedo Díaz, para la obra de Abdón Arosteguy sobre la Revolución de 1870, para la "La Revolución de enero" de Justino Zavala Muniz, para "Por la patria" de Luis Alberto de Herrera, para los ensayos de José Virginio Díaz, para la interminable labor de Fernando Gutiérrez o tantos otros trabajos menos recordables.

La misma historiografía nacional se ha desenvuelto bajo un signo partidario similar. Esto, que se percibe escasamente en el núcleo más copioso constituido por los estudios coloniales o artiguistas se hace indisputable apenas el lente se acerca a los grandes caudillos de la época independiente, las guerras civiles o la Guerra Grande. Bajo su plúmbea objetividad de analista, Eduardo Acevedo no deja de ser un historiador colorado y batllista que maneja, colaciona o prescinde del dato histórico a su arbitrio. Los historiadores colorados de principios de siglo y los que siguieron se expiden a menudo con una virulencia y una agresividad que hoy nos resultan invenciblemente arcaicas: tal el caso de Onetto y Viana, Fernández Saldaña, Torterolo, Pereda, Travieso y un buen lote más. A pesar de la novedad de sus planteos y al valor primordial de su nacionalismo y su antiimperialismo, la obra de Herrera no está privada, claro es, de calor partidario. Y de todos los que siguieron sus huellas: Pivel, Ferreiro, Magariños y otros menos importantes, tal vez sea Pivel Devoto el único que haya llegado, aunque trabajosamente, a una visión más radical (no menos comprometida ni menos valiosa, a pesar de lo que digan Methol y Reyes Abbadie) que la de los meros bandos políticos.

En el resto de las otras manifestaciones literarias (no tan genéricamente literarias como las anteriores), el interés, o la ideología partidarias se revelarán todavía a mal nivel porque, salvo excepciones que se marcarán, ese interés, esa ideología operará al modo de tesis, de armazón demostrativa que, coordinando el material desde fuera, le quitará, con su libertad, toda eficacia sugestiva.

En sus "Cartas de un flojo", Sánchez criticó, hacia 1900, el enfundamiento de nuestra poesía a la pasión partidaria, comentando humorísticamente el caso del bardo Roxlo a guitarrazo limpio con los jóvenes colorados a propósito de Garibaldi y todo el país convulsionado, asistiendo al lírico pugilato, absorbido por él.

En realidad, el fenómeno no es tan habitual como Sánchez sugería y los ejemplos supervivientes son, en algunos géneros, difíciles de espigar.

Las pasiones políticas se habían hecho, es cierto, poesía de décimas, de vialitas, en los varios sitios de Montevideo, en las muchas guerras civiles. Hace poco se recordaba una del 97:

Lamas y Saravia  
—vidalitay—  
y Acevedo Díaz  
son los tres valientes  
—vidalitay—  
de la patria mía.

Al margen de lo anónimo no hubo una poesía partidaria de aceptable nivel. La poesía de tema revolucionario, lo señalaremos, fue en general, antipartidaria y antibélica. Algunos himnos a Saravia o a Batlle son obras poco recordadas salvo tal vez en el segundo tema alguno de Enrique Casaravilla Lemos o los varios cantos civiles de Ovidio Fernández Ríos (se recitó el primero en un mitin partidario de 1911).

Otra vena, la cuantiosa poesía cívica de la época del Ateneo, fue ideológica, libertaria y antidictatorial, careció en general de color partidario.

Sólo en los últimos nativistas, ciertas poesía de evocación revolucionaria ha calado en las memorias: "La carga de Arbolito" de Yamandú Rodríguez, muy recitada, debe ser el ejemplo más notable. Pero el caso de Rodríguez, el de su sucesor Osiris Rodríguez Castillos, algunos poemas de Silva Valdés y una copiosa labor histórico-evocativa contemporánea de revoluciones y de caudillos, nos traen a un síntoma político-literario de rigurosa actualidad. Todas esas páginas configuran una literatura de nostalgia blanca que asume una clara función de amalgamante emocional de algo que, en términos sociales e ideológicos parece haber perdido toda efectiva unidad. Así busca soldarse, para correr la estimulante carrera del poder, el viejo mundo criollo y campesino, el gran latifundio moderno, el alto comercio exportador y las clientelas ciudadanas de la pequeña clase media. Del éxito de la tentativa nada puede decirse todavía, pero no cabe duda que la coyuntura nacional le abre posibilidades que no son, ciertamente, ajenas a su promoción.

De cualquier manera, el cuadro de una poesía o de una dramaturgia partidarias es pobre, y sólo dos casos, para mayor ilustración, deben ser aislados.

Ni en el Cerrito ni entre las murallas de Montevideo, el Uruguay tuvo, durante la Guerra Grande, nada semejante al "Facundo", la "Amalia" de Mármol o aun los "Cantos del Peregrino". Sin embargo, ofrecen tonos emocionales similares (sólo emocionales), los ripiosos poemas de Juan Carlos Gómez, "Las Agresiones de Rosas", de Andrés Lamas, los dramas de Acha ("Una víctima de Rosas", 1845) o la "Camila O'Gorman", de Heraclio Fajardo. En las líneas de fuego alentó también algo que tenía más eficacia militante; el "cancionero federal" nació en buena proporción entre las fuerzas sitiadoras y el sanguinario periodismo versificado de Ascasubi dio por esos años, con el "Jacinto Cielo" y el "Paulino Lucero", la réplica unitaria al desafío campesino.

La otra excepción la constituyó Lussich. Gauchesco, de origen ciudadano, descendiente de croata, hombre de empresa, apasionadamente blanco, Lussich se hizo eco (con

"Los tres gauchos orientales", de 1872 y "el matrero Luciano Santos", del año siguiente) de los reclamos del paisanaje de su partido que acababa de ser sacrificado, una vez más, por los "doctores" montevidéanos de la facción y era de siempre la víctima del aparato burocrático-militar del partido enemigo. Lussich no tiene la hondura humana ni la felicidad verbal ni la trascendencia social de "Martín Fierro" (que en cierto modo provocó con su ejemplo) pero el mismo contraste con la obra argentina, sirve de testimonio de que en el Uruguay no había existido el corte radical de Caseros y que las tensiones del viejo gauchaje y la ciudad modernizadora eran capaces de encontrar (todavía) cauce partidario más expedito que al otro lado del río. (Cauce más expedito aunque no mejor conclusión histórica.)

Cuando ya en nuestro tiempo, una nueva narrativa recoja y sobreleve los temas campesinos (Espínola, Amorim, Morosoli, da Rosa, Castelli) esa literatura tendrá, en cambio, junto con un trasfondo político lejano pero inocultable, un cuidadoso cariz partidario (Amorim puede ser, también aquí, la excepción). Algo semejante cabe decir de la reciente y comentada "Crónica General de la Nación", de Luis Pedro Bonavita. Mientras sus representantes significan algo tan distinto como el comunismo de Amorim, el democristianismo de Castelli, el nacionalismo independiente de Espínola o el batllismo de Da Rosa todas sus expresiones se conjugan en una presencia de las clases medias y pobres del campo en la atención nacional, por lo que no creemos que pueda discutirse mucho su correlación con redistribuciones de fuerzas, con actitudes insurgentes de suma evidencia en el plano político del país.

Temas más limitados deben también rastrearse en nuestra narrativa. Las luchas electorales en el campo se testimonian variadamente desde uno de los mejores cuentos de Viana, "Por la Patria", hasta la visión optimista de Salaverri en "Este era un país", dedicado a Baltasar Brum como tributo de admiración y sin anhelo de recompensa. En la narración de ambiente burocrático que inicia probablemente la "Historia de un pequeño funcionario" de Manuel de Castro, el favor, el factor partidario planea humorísticamente sobre cada gesto, cada intriga, cada promoción. Cabe recordar en este sentido esa pequeña obra maestra, esa cifra del caos nacional que es "El presupuesto", de Mario Benedetti.

Aquí llegados, es digno de anotar un fenómeno revelador. Es la frecuente existencia de desviaciones entre la filiación partidaria del escritor y la significación cultural de su obra, su trasfondo ideológico. La causa es clara: la obra literaria mucho más que en una filiación se apoya en un sustrato histórico, temperamental, social; des cansa, más que en otra cosa, en una visión del mundo. Y como los partidos uruguayos no responden sino con extremada latitud a cualquiera de ellas, esas discordias pueden llegar a ser significativas.

Habría algunos casos que van a saltarse. Pero el de dos narradores tal vez sea el más notorio. Son ellos: Justino Zavala Muniz y Francisco Espínola. El problema del primero se examina en otra parte de este trabajo y allí se insinúa la desviación. Aventúrese sólo aquí que el mundo de sus tres "Crónicas", recreado con indisimulable y contagiosa simpatía, está mucho más cerca de las raíces extramodernas del nacionalismo que del ámbito espiritual colorado.

El registro trágico, tierno, humanísimo de la obra de Espínola, su magistral dominio expresivo no pueden tener, como es natural, rótulo partidario. Pero no es imper tinencia señalar en ellos, o en los mismos recuerdos personales del autor ("Discurso en San José de Mayo") que todo lo que de allí puede inferirse, todo lo que es raigal y

profundo hace escasamente compaginable la proximidad partidaria de Espínola a los grupos, nominalmente nacionales, de la alta burguesía doctoral ciudadana.

Para cerrar este capítulo de reflejos, y como la historiografía o la meditación histórica generalizadora no quedaban fuera de nuestro concepto de lo literario, fijese la atención en ellas.

En esas dos formas de la historia y en el comentario político los partidos y su significación fueron, también, un tema. Para seguir bien los rastros habría que analizar nuestra historiografía con las técnicas de la sociología del conocimiento, en forma similar a la manera que, con respecto al destino y a las concepciones de la nacionalidad lo han hecho recientemente Reyes y Methol Ferré en su prólogo al "Oribe" de Stewart Vargas.

Un abreviadísimo esquema nos daría, para desbrozar, estos hechos. Desde que existe; es decir, desde tiempos de Bauzá, la historia nacional (casi siempre explícita o tácitamente partidaria en todo lo posterior a 1830), profesó, respecto a los partidos, la concepción decimonónica. En esa pauta, proclamó su legitimidad, condenó sus excesos, recordó los vínculos sociales, identificó el destino de nuestra sociedad con el triunfo o las bondades de uno u otro lema. No buscando casi nunca las raíces sociales y por decirlo así, transideológicas de ambos conglomerados, dominó en la mayoritaria línea colorada la identidad connatural entre los destinos del "Partido de la Defensa" y su paramento de Libertad, Civilización y Luces y los destinos de una nación esencialmente autosuficiente, idealmente prevista y completa desde los más lejanos hontanales del impulso independentista.

Luis Alberto de Herrera fue quien, sin salirse en puridad de estos cánones, aportó al juicio histórico otras realidades. Una es la de "la patria grande", la del ámbito iberoamericano del sur concebido como una unidad de destino, aunque en Herrera esta vivencia choque a menudo con su notoria pasión, de raíz romántica, por "la patria chica", por su "tierra charrúa". Otra es su noción, mucho más firme que en sus antecesores, de los designios imperialistas europeos que planearon sobre nuestra historia. La tercera, que tan ricamente Pivel desarrollaría, es la de la discordia entre las realidades y las ideologías lo cual, en planteo estrictamente rioplatense, venía a verterse en el antagonismo de aquellos dos tipos vitales que fueron el Doctor y el Caudillo. Con estas tres realidades, no descubiertas absolutamente por Herrera pero sí eficazmente subrayadas, los partidos adquirieron una complejidad histórica que no poseían y, lo que es también importante, el esquema Civilización y Barbarie quedó irremisiblemente maltrecho.

Esto en el orden de la explicación. En el orden de la calificación moral durante la buena parte de la segunda mitad del siglo XIX había dominado el lema de la acción funesta de los partidos tradicionales, como Mellán Lafinur dijera. Desde Acevedo, desde Herrera y sobre todo desde Pivel, en franco tren polémico primero, después más apaciblemente desarrollada, se afirma la idea de que los partidos hicieron la nación puesto que ellos se identifican con todas las alternativas de nuestra historia constituyendo en puridad el elemento voluntario que de algún modo las inflexionó. Quede para otra ocasión a qué truísmo puede ser conducida esta afirmación cuya necesidad inicial contra la displicencia ideologista comprendemos, pero que en último término es tan verdadera como su contraria. Y aun se podría decir que se parece demasiado a esos reiterados razonamientos económico-sociales del tipo de aquel que afirma que los estancieros alimentan al país porque son de su propiedad los novillos. También es cierto que los

partidos hicieron, o deshicieron el país porque en un país superpolitizado ellos eran el país y tanto los malos como los buenos impulsos (éstos tan trabajosamente) corrían por su cauce.

A esta posición sólo habría que sumar, si hemos de ser parcos, los planteos marxistas o spenglerianos de Francisco Pintos, Vivian Trias y Baltasar Mezzera.

Pintos es el primero en darle a los partidos el contenido clasista y económico del que nunca estuvieron desprovistos. El carácter policlasista de los partidos nacionales sin embargo, funciona bastante defectuosamente entre los moldes de los esquemas marxistas y Pintos no debe haber dejado de sentirlo. En cuanto al destino nacional, el planteo de Pintos es europeo, en forma bastante similar a lo que pudieron serlo los de Anibal Ponce en la Argentina. Por ello el calificativo de mitrista que recientemente Pintos ha recibido no sea tal vez injusto. En el esquema de Pintos el campo es lo reaccionario, la línea histórica la da el batllismo y la actividad marxista consiste simplemente en superar los intereses medio burgueses de aquél, prolongando y fortaleciendo el nacionalismo económico. La posición de Trias, tan próxima a la de Jorge Abelardo Ramos como la de Pintos a la de Ponce es mucho más rica y sobre todo más realista. Trias toma en cuenta como no lo hace Pintos una estructura y un destino nacional, tiene una visión mucho menos simplista del imperialismo y ve el campo sin las anteojeras ciudadanas de aquél.

En cuanto a Mezzera por fin (alguna vez nos hemos referido extensamente a él), sobre un cañamazo spengleriano y una demostración llena de irregularidades (y de in-genuidades) atisbó, creemos que por primera vez, la filiación histórico-cultural de los dos grandes partidos: Tradición (o premodernidad) para el Blanco; Modernidad para el Colorado. Sin un equipo histórico-cultural suficiente estas claves pueden ser sólo dos rótulos. Si se cuenta en cambio con caudal más rico las claves de Mezzera iluminan en forma inusitada la entraña más honda de nuestro devenir histórico. Y como no es poco lo que lo hemos utilizado, pare aquí esta brevísima mención.

#### IV. - el sistema de partidos

En la precaria entidad que, hasta 1880, fue el Uruguay independiente, parece haber dominado ante la realidad del partido una sola actitud. Esa actitud no fue sólo abrumadoramente mayoritaria en el intelectual, en el escritor, en el hombre de cultura, en el político universitario: también participaron de ella militares, caudillos, hombres de empresa. El partido político es la división maligna, artificial, destructiva, que las pasiones de los hombres, la ambición sin control de las minorías, el artilugio de las presiones extranjeras promueven dentro de una colectividad que sólo reclama unidad, trabajo, paz, "fomento" a la moderna. En el caso específico del intelectual se marca también, desde esta época, un fenómeno que, siendo universal, adquiere en América, adquiere aquí, formas muy particulares. Este fenómeno es que el hombre de cultura tiende a no encontrarse cómodo en los partidos experimentando un desajuste, casi nunca salvado, entre las exigencias de su acción y las exigencias que el partido promueve. Habrá oportunidad de ver cuáles son las razones de la discordia en nuestro siglo pero, en lo que va del pasado hasta el viraje decisivo desde el militarismo y el civilismo oligárquico a las agrupaciones de masas, el partido le resultará al intelectual una colectividad demasiado

pasional, variable e inmediata como para satisfacer los más modestos reclamos de coherencia, consecuencia y racionalidad que la cultura pueda postular.

Por lo pronto, lo único importante que queda registrar es que la cara que el partidismo adopta no es otra que la de la guerra civil y ésta, con su gruesa cauda de muerte, odio, división y pobreza despertó los acentos más entrañables de toda una poesía y algunos valiosos ejemplos de teatro, cuento, novela. Desde los poetas neoclásicos del "Parnaso Oriental" hasta el "Viejo Pancho" ("2 de noviembre de 1904") pasando por Acha, Magariños Cervantes, José María Castellanos, del Busto, Carlos María Ramírez y muchos otros, la guerra civil fue tema de gimoteo pero también de meditación generosa y edificante pasión. "La loca de Bequeló", de Ramón de Santiago es la muestra más representativa de esa veta.

Con relativa posterioridad y más segura importancia, se esbozará el motivo del paisanaje y el pequeño caudillo rural llevados a la matanza por las arterias políticas de Montevideo, por la ambición de los "dotores", por el designio de oscuras fuerzas que están más allá de su comprensión. Este tema se desplegará desde los ya mencionados acentos partidistas de Antonio Lussich hasta "El León Ciego" de Ernesto Herrera, la figura de Pantaleón en "El Terruño" de Reyles o el cuento de Viana "Última campaña", incluido en "Campo", su mejor colección narrativa.

No es sólo esta abrumadora consecuencia, sin embargo, la que marcó la condición insatisfactoria del partido en cuanto cuadro del esfuerzo social

Un estudio biográfico de las figuras capitales del siglo XIX señalaría, por ejemplo, que la filiación, la adhesión partidaria fueron casi siempre intermitentes; siempre tendieron a decolorarse; a menudo se arrastraron por la vida como un maltrecho ideal de juventud, un ideal melancólicamente ajado por los años. El partidismo se enciende en cuanto se pertenece al núcleo director y la adhesión partidaria parece frecuentemente condicionada a esa situación. Las "desilusiones" de Andrés Lamas, de Juan Carlos Gómez, de Carlos María Ramírez fueron, por ejemplo, notorias. Todo un partido, incluso, el Constitucional, desde 1870 pero sobre todo desde 1881, se formará con estos desilusionados. Unos desilusionados que, en el caso, provenían de los dos bandos: Arrascaeta, viejo oribista; Blanco, Ramírez, antiguos colorados. Pero con los constitucionales irrumpe en la vida nacional una posición que ha pervivido hasta nuestros días: ya no es lo malo el partido sino la antítesis pasional y beligerante de los dos partidos históricos, el partido sin ideas puesto que son las ideas, los principios, las instituciones las que califican a los partidos, las que habilitan su andadura histórica constructiva. Las pasiones, los hombres, la arbitrariedad son el enemigo para este curioso unilateralismo que racionaliza e intelectualiza la vida histórica. El Partido Constitucional es el resultado de tal postura y no deja de ser revelador que una estructura eminentemente formal como la constitución es, sea erigida en excelencia presidente de un nuevo estilo político.

A esta actitud respondió, en cierto modo, otra paralela. Puede rastrearse en páginas de Lamas o Angel Floro Costa y aunque para ella las fuerzas enemigas (los hombres, las pasiones) sean las mismas que enfrentaba el principismo constitucional los lemas que invoca como remedio ya no son los de aquel sino las cosas, los intereses. Es una posición de sesgo netamente utilitario, no lejana de algunos aspectos de Alberdi y aun del marxismo; refleja, como es inequívoco, la postura de las nuevas fuerzas económicas, las del naciente capitalismo no siempre bien orquestadas por el principismo universitario de Montevideo.

También es importante destacar que, en instancias decisivas, los hombres de cultura, los intelectuales, tendieron a agruparse más allá y por encima de toda diferencia partidaria. Sobre una base cultural común, sobre un origen social semejante, sobre una hermandad juvenil efectiva operó una homogeneidad que la violencia política nunca consiguió destruir completamente. Si los caudillos, como lo hicieron el 55, se entendieron sobre los colores, los doctores también pudieron hacerlo y lo hicieron. Un caso fue la "Unión Liberal", de aquel decisivo 1855. Otro, la resistencia ante Latorre. Otro, el movimiento de resistencia nacional que culminó en el Quebracho (1886) y otro aún resultaría el debate ideológico-religioso que agitó al Uruguay por esos años. También, a veces, la clase cultural tendió a agruparse con preferencia en ciertos núcleos partidarios: a este movimiento pudo responder el fenómeno del curioso Partido Conservador (colorado) al que acudirían viejos defensores como Melchor Pacheco y Obes, César Díaz, José María Muñoz y Juan Carlos Gómez, con posterioridad la nueva juventud intelectual del cenáculo de "El Siglo", como Julio Herrera y Obes, los Ramírez, Juan Carlos Blanco, José Pedro Varela, Pedro Bustamante y aún un hijo, tal lo fue Eugenio Garzón, del general federal del mismo nombre.

El color partidario, con todo, es lo suficientemente firme como para que sean excepcionales, aun en la línea vertical de padres a hijos, los cambios de partido. Algunos caudillos saltaron el cerco y Medina, Muñoz, por ejemplo, lo hicieron pero ello, a través del plano de paso que constituye el acatamiento a un orden legal o de una profunda escisión partidaria. Algún nacionalista hubo de origen unitario, porteño: Agustín de Vedia, pero habrá que llegar hasta cerca de nuestro siglo para ejemplos como los de Eduardo Acevedo, batllista, hijo de blanco oribista o Justino Jiménez Aréchaga, colorado hijo de nacionalista. En general, el conflicto no se planteó entre partido y partido sino entre partido y Gobierno, entre principismo opositor y colaboracionismo, o posibilismo (estos y otros nombres tuvo) con los poderes, a menudo pésimos, casi siempre "de facto" que se turnaron sobre el país. Esto es lo que raía, lo que decoloraba el cintillo partidario. El exilio entre dos etapas era casi siempre el intermedio que preparaba estas colaboraciones entre las que hay que distinguir, sin embargo, entre la abierta versatilidad y venalidad de algunos periodistas (Francisco X. de Acha fue un ejemplo notorio) y la relativa variabilidad de personajes, como Andrés Lamas, que descreían radicalmente en su fondo, del país y sus partidos y pensaban (no sin razones) que una carrera de "técnico del Estado" era más positivo aporte al desarrollo nacional que la interminable actividad conspiratoria de las revoluciones. Así Lamas sirvió a Giró (después de haberlo hecho a la Defensa), a Flores, a Berro, a Aguirre y a Latorre. Con el mismo Latorre, el que más fuertemente tuvo que enfrentar la hostilidad de los ilustrados, colaboraron, sin embargo, Bauzá, Soler, Aurelio Berro, Vázquez Acevedo, Aróstegui y José Pedro Varela. Menos lo hicieron con Santos, que no careció, empero, de gestos de magnanimidad ante sus enemigos o de actitudes de definido acento nacional. (Tales, por ejemplo, la defensa de la memoria de Artigas contra el mazziniano Destéffanis o a la concesión de una pensión a Andrés Lamas que, no sólo por sus culpas y enemistado con todos los partidos, vivía en Buenos Aires, viejo, pobre y olvidado.)

Existió también en el pasado uruguayo un momento en que, la doble conciencia de la inviabilidad del país como entidad independiente y la irrespirabilidad de los partidos como grupos sociales responsables se imbrica: esta irrespirabilidad es una consecuencia de aquella y la inviabilidad del Uruguay como comunidad autónoma ha sido rubricada, precipitada, acentuada por lo menos, por las furias y las culpas de los partidos. No es

otro el sustrato del proyecto de Lamas de "alianza brasileña" en 1855 y de toda su política anterior, ni otro el de la proposición de Berro, en 1853, de una neutralización del país mediante una tutela colectiva; ni otro el de los planes posteriores de anexionismo a Buenos Aires, de Gómez y Angel Floro Costa y de todo el desolador planteo que este último desarrolló en su "Nirvana".

Y es que si se mira con atención al confuso panorama de esta época, se verá que lo que nunca se aceptó, lo que jamás se creyó que pudiera trabajar es, justamente, un sistema de multiplicidad de partidos luchando por el poder, dominando u oponiéndose, existiendo, en suma, normalmente. Cuando, en la presidencia de Lorenzo Batlle, se expida sin rebozo un ideal de gobierno partidario, esta declaración parecería poco más que un expediente de cínica avidez. Cuando, cerca de treinta años más tarde, la exprese un gobernante culto como Julio Herrera y Obes, los ilustrados de su tiempo habrían de tomarlo a cuenta de un más refinado cinismo o de la afición presidencial a la paradoja. Aun así se embozaría: hago gobierno de partido sin duda —pues de otro modo no sería partidario— pero hago gobierno para el país, con el concurso de todos sus buenos elementos, buscando el prestigio y el valor vital de mi colectividad política, no en el beneficio personal y transitorio de los partidarios, sino en los beneficios permanentes que la nación reporte de nuestro predominio en el gobierno...

No es esa fórmula, sin embargo, la que se vio predominar en la cresta de los planes, los discursos, los debates. El acuerdo de partidos fue del resto de las soluciones, la más modesta, pero la que más a menudo los grupos doctorales o los caudillos llevaron a la práctica. El pacto de la Unión de 1855 o la campaña de Quebracho en 1886 pueden ser los casos más notorios; el acuerdo de partidos como instrumento amortiguador de los conflictos políticos y muy frecuentemente con muy ligero peso de ingredientes doctrinarios, corre, al modo de una eficaz vena conciliatoria, por toda la historia del país. Más prestigio intelectual tuvo el ideal del tercer partido, que los constitucionalistas se encargarían, con tan poco éxito, de realizar. La acción funesta de los partidos tradicionales de que hablaría Melián, como ya se recordó, el horror ante la barbarie que ganaría a Carlos María Ramírez en el campamento de Goyo Suárez de 1870, fueron potentes estímulos que si no alcanzaron plena viabilidad política, tienen un valor sintomático ejemplar. Similar a la fórmula anterior, pero más atento a trabajar con los materiales que la realidad ofrece, es el ideal fusionista de integrar en uno solo los dos grandes partidos tradicionales. Avalado por dos personalidades tan poderosas como Bernardo Berro y Andrés Lamas, el plan fusionista pareció, en 1855, próximo a realizarse. Todos los males de los partidos viejos, todo su sectarismo, su violencia, su sistemática eliminación de capacidades, todas sus conmutables culpas, fueron recapitulados por estos hombres, de los cuales uno de ellos, Berro, definiría la fusión afirmando que no es en realidad (...) otra cosa que la combinación de la mayoría de los ciudadanos, desengañados de ser explotados por los traficantes de sable, de pluma y de consejo; y coaligados con un fin loable y justo contra medio centenar de fabricantes de revoluciones.

Poco tiempo después, el rotundo fracaso habría hecho perder a la fusión buena parte de sus brillos pero, cuando en 1868, Carlos María Ramírez la atacaba en "El Siglo" afirmando que era el sacrificio de todos los principios y sentimientos que han formado el patrimonio moral de los partidos, el prospecto estaba lo suficientemente vivo como para que, pocos años después, el mismo Ramírez, con su "Bandera Radical" y su ideal "constitucionalista", buscara por la vía de la negación abstracta del pasado lo que los fusionistas del 55 habían tentado por la otra, más humilde, más cauta, del manipuleo de lo existente.

Al mismo Berro también le tocó lanzar por estos años una nueva fórmula, un nuevo remedio. Fué, como bien Pivel lo subraya en su estudio sobre el prócer, la de los partidos accidentales, o temporarios. Las ideas que más tarde lanzaría Ostrogorski, estaban latentes en todas las comunidades nacionales del siglo XIX. Es que como se venía de épocas de dominante unanimidad, el partido y la división institucionalizada no resultaban aún fenómenos normales y el partido temporario, la cohesión accidental en torno a un problema o propósito limitado parecía la mejor conciliación entre la libertad insoslayable y las exigencias ético-políticas de unidad social.

## V

Desde la llamada generación del 900, la realidad del partido es una evidencia incontrovertida y una evidencia a la que nadie piensa en sustraerse, ya que todos los novecentistas, en lo que les es personal, tendrán una filiación partidaria. Como en ninguna otra época de nuestro pasado, adquiere en ésta caracteres de suprahistórica verdad racional, de presunto "derecho natural", la doctrina liberal de la multiplicidad de partidos, diferenciados por opiniones, creencias, temperamentos, intereses, dentro de un régimen más o menos espontáneo de opinión pública y una estratificación (tácita, solapadamente coactiva) de la sociedad. Con todo, y como en tiempos anteriores, el hombre de cultura tampoco se siente cómodo en esos partidos. A aquella realidad que adjetivábase: inmediata, pasional, variable, le oponía este hombre reclamos de coherencia, consecuencia, racionalidad. Las notas del partido que importarán (ahora) serán las de utilitario, igualitario, disciplinado. Las tres chocarán con las exigencias de libertad, de distinción y de esa (tan ambigua) distancia que los "arielistas" llamaban desinterés.

En Rodó, por ejemplo, con ese pudor que siempre usó para referirse a sus conflictos personales, se inicia el tema del partido como cárcel, como estructura demasiado rígida para ambientar la expresión de la autenticidad personal. Un intelectual individualista no se siente holgado en ningún alvéolo y Rodó no se sentiría en el suyo aunque tampoco fue, seguramente, el único en vivir esta experiencia.

Con una figura menos notoria, su contrincante de 1906, Pedro Díaz, insurge también a la vida nacional otra tacha antipartidaria, otra acusación: es la de la infidelidad de los partidos. Los grupos llamados liberales, más estrictamente anticlericales y antirreligiosos que actúan en la primera década del siglo y presentan candidatos al Parlamento en 1910, enrostran esa infidelidad al Partido Colorado, cuya tradición liberal les parecía reclamar otras definiciones. No nos importa lo justificado de la exigencia; nos importa el síntoma, que después tendrá sucesivas versiones en muy distintos planos.

Reyles representa aquí una actitud extremadamente interesante y precursora. Es la del partido como forma, íntimamente desvalorizada, a nutrir, como rótulo histórico-tradicional que busca henchirse de intereses económicos y sociales bien definidos, activamente operantes. En sus discursos de Melilla (1901) y de Molles (1908), en su actividad al frente del Club Colorado "Vida Nueva", en su labor fundadora o teorizadora, junto con José Irureta Goyena, de la "Asociación" o la "Federación Rural", Reyles, latifundista innovador, nietzchiano, "metafísico del oro", representa la pendular actitud de los grupos de presión que en nuestro país, hacia su tiempo, se definen. Una es la de penetrar y dominar en un partido (lo que significa la contundente estrategia de "copar"),

imprimiéndole una conducta a sus elementos neutros o masificables. Otra es la de quedar fuera de todo rígido cuadro político, incluyendo, en cambio, por los variadísimos medios que los grupos de presión pueden ejercer.

En alguno de aquellos discursos, Reyles marcó también una de las "constantes" de toda actitud culta, juvenil, ante los partidos políticos. Y decía: hasta el presente, poco han tenido que hacer en la vida pública los hombres de pensamiento. Tuvimos pensamiento cuando realizamos los grandes hechos de nuestra historia, pero después, en general, las ideas y las grandes expansiones del alma fueron desterradas de la política, y empleamos los medios comunes de las naciones sin ideales y de los organismos enfermos: las intrigas de gabinete, las triquiñuelas de los estadistas y las bayonetas de los soldados, armas con las cuales se abrían paso hasta el corazón del pueblo, los intereses de círculo y las ambicioneillas personales, un ridículo y vano ajeteo de hormigas que dejaba indiferentes (...) a los hombres puros, a los elementos sanos, y sobre todo, a la juventud ilustrada, insensible por su misma juventud e ilustración, a las seducciones del interés (...). Hoy es otra cosa. El ambiente (...) da claros indicios de que ha sonado la hora de los nobles esfuerzos y de ensayar la alta política, la política educadora, la verdadera política que consiste en elevar el espíritu de las masas para luego hacer viables todas las fórmulas del progreso (...). Yo sé que la mayoría de los hombres de estado y de los practicantes de la cosa pública se burlan de esa política superior; pero esos no son políticos ni hombres de pensamiento ni hombres de acción sino sofistas y sopistas...

No sería difícil rever, cada diez años y con levisimos toques, planteos semejantes. La actitud ante los partidos, la afiliación a un color bajo los impulsos conjugados de la fidelidad familiar, la tenue afinidad ideológica, el compromiso, la busca de protección y promoción, deben entenderse dentro del ancho espacio de insatisfacción, de discordia, que aquellos deslindan. Y esta tensión de fuerzas no varía, sustancialmente, ni para el escritor ni para los otros sectores uruguayos, en los cuatro o cinco lustros que siguen. Cuatro o cinco lustros ocupados por la plenitud y la declinación de la generación del 900 y la irrupción de todo lo que se define contemporáneamente al fin de la Primera Guerra Mundial y a la instauración del primer Colegiado.

Los dieciocho años que corren desde 1933 a 1951 marcarán, por el contrario, un viraje fundamental en la significación del partido y los partidos en la vida nacional. La situación del mundo: rearme alemán, guerra de España, marea fascista, Segunda Guerra Mundial, crisis del imperialismo y el colonialismo, guerra fría y mundialización de las pugnas ideológicas, convocará al hombre de cultura a definiciones que tenían mucho menos que ver con un color partidario que con fidelidades universales de temperamento, de actitud moral o de ideología. A esos reclamos la "intelligentsia" uruguaya respondió con una coherencia mucho mayor que en otros países hispanoamericanos en los que la cosmovisión liberal-progresista había penetrado menos profundamente que entre nosotros.

Dentro de este contexto, se desarrolló el movimiento ateneísta ante el golpe de Estado, y los de ayuda a la España Republicana y contra el nazismo. Una revista tan influyente en su tiempo como "La Pluma" (fundada en 1927) mostraba ya el dominio de los temas políticos universales y aun en la bastante anterior poesía de Julio Raúl Mendilarsu podría rastrearse el origen de cierto difuso fervor que combinaba la adhesión aliadófila, la nota socializante, la militancia antiyanki y el entusiasmo ante la declaración Balfour sobre Palestina.



Fuera más forzosamente, todavía, de los partidos también se dio, por ese tiempo, la veta, débil cuantitativamente, de una disidencia antiliberal y prototalitaria. La representaron Adolfo Agorio, Mario Falcao Espalter, alguna obra de Zum Felde. Pero, lo que es tal vez más importante, en el interín de esas (casi) dos décadas, la vida nacional contempló el deterioro del prestigio moral y político de casi todos los partidos, actores, cómplices o víctimas, alternativamente, de golpes o contragolpes; ingeniosos compositores, otras veces, de esa legislación electoral que ha concluido en esa práctica (y embretadora) dictadura comicial que hoy conocemos. Una encanallada avaricia, al mismo tiempo, por asegurar a sus oligarquías directoras todos los beneficios más tangibles del poder, asestó el tiro de gracia a la significación que estas agrupaciones, antaño promedialmente honestas, pudieron tener en las primeras décadas del siglo.

Se trae a colación, en otra parte de este trabajo, el ejemplo de la revista "Ensayos". Cuando unos diez años más tarde el mismo grupo que la editaba intenta, en 1947, repetir la plana con una segunda época de los "Anales del Ateneo", la tentativa apenas durará cuatro números. Los briosos demócratas de 1938 se habían mudado ya del Ateneo a Cantegrill e iban camino de ser los prósperos millonarios de 1958. Y, en verdad, el mismo movimiento nacional de anchísima adhesión, por las naciones occidentales en guerra marcaba ya este cambio de temperatura. En la acción pro-España republicana habían predominado las clases culturales, las clases medias, los sectores obreros. En el movimiento aliadófilo de la Segunda Guerra Mundial dieron, en cambio, la pauta los importadores, los despachantes de aduana, los aspirantes a beca, los finos egresados de universidades inglesas. Silva Valdés, es cierto, escribiría su "Canto al hombre inglés", Ortiz Saralegui el suyo a Roosevelt (no el del "big stick" sino el de la "pretty nice constitution" que redactara para Haití) y Secco Ellauri traduciría (trascendental contribución) el "If" de Kipling. Entre 1942 y 45 se multiplicaron también, claro está, mil borradores de himnos a Stalingrado.

Todo ese período contempló, al compás de esos síntomas, esa selección al revés, esa suerte de voluntaria purga de acuerdo a la cual es lo menos valioso de las dos últimas generaciones culturales la que concurre a los cuadros de los partidos mayores y aun, podría decirse, con más relativo entusiasmo a los menores. La posibilidad de una segunda profesión, profesorado, sobre todo al margen de los partidos; el periodismo a partir de la ley de Consejos de Salarios influyó en parte también a que la posición, excepcional otrora, del abstemio político tendiese a generalizarse. Si bien "los viejos abstemios" solían responder a una postura de individualismo egolátrico y de desprecio, en bloque, del país, es ahora una definida voluntad de limpieza, de libre disponibilidad, de auténtico enfrentamiento con el país, la que dicta actitudes que sólo exteriormente se asemejan a las pasadas. Parecería como si una inminente coyuntura revolucionaria (aun sacándole al adjetivo parte de su explosiva carga), como si una adviniente reordenación de la colectividad alejara a la flor de las últimas promociones de partidos que no sólo lucen irrecuperablemente enfermos sino que, mucho más que agrupar, actuarían separando, aislando artificialmente las más entrañables afinidades.

En esta decisiva etapa creemos que una de las claves de la presente estagnación nacional, la del descaecimiento de todos los rubros de la vida uruguaya, reside en un fenómeno que sólo se ha observado en el más epidérmico y electoral de sus sentidos. Y este factor se configura en el hecho de que el Uruguay haya llegado a la institucionalización y etatización de los partidos, como personas de derecho público, como medios de formación de la voluntad estatal, como aspecto parcial de la racionalización del poder

(todo al decir de su funesto teórico Kelsen) justamente en el momento en que el sistema de partidos dejaba de funcionar o, por lo menos, el viejo partido de tipo clásico empezaba a aparecer, cada vez más, como un incómodo y oneroso fósil histórico. El proceso culminó en el Uruguay entre 1934 y 1939, aunque tenga su antecedente en 1910 con la consagración, aparentemente inofensiva, del "doble voto simultáneo".

Y ocurrió, así, que mientras en un grávido cuarto de siglo se clausuraba en el mundo la mundividencia liberal-burguesa, "moderna" (y dentro de ella, como es natural, una dada concepción de "los partidos"), en el Uruguay, justamente, una sociedad, un Estado de partidos, coactivamente constitucionalizados, fue lo que se nos impuso.

Y hoy pasa, en suma, que la crisis entera de la vida nacional, la crisis que configuran la irrupción y la afirmación asfixiante de una clase estatal-burocrática (reclutada originariamente en la pequeña burguesía pero con intereses específicos y agresiva conciencia de sí); la que configura la quiebra de los patrones morales y los orgullos colectivos que normaban nuestra sociedad; la que configura el desorden estructural de nuestra producción, el nominalismo de una política social tuteladora volatilizada por los factores monetarios; todos esos síntomas y mil más se reflejan (no pueden dejar de hacerlo) en la política y en los partidos. Desde abajo hasta este epifenómeno: el progresivo ahuecamiento de los partidos. El término ahuecamiento no es indeliberado. Lo decíamos no hace mucho: partidos a los que nadie sirve, partidos de los que todos se sirven, puros y seniles instrumentos de enérgicos querer sociales. La uniformización progresiva de sus ideologías por las máquinas de presión universales, el cintillo tradicional que logra la conscripción de clases y de sectores hacia posturas distantes de sus reales, de sus notorios intereses, esa uniformidad, así, precaria y falsa de lo heterogéneo; esa franquía a toda disidencia y a toda tribalización que queda salvada, en el día del comicio (sólo en él) por la aparente consistencia de un lema, todos esos factores, en la más visible capa superestructural le han dado a los partidos su creciente fragilidad, han roto sus estructuras, han divorciado las masas y sus direcciones, los han trocado en máquinas nutridas con los estratos sociales menos responsables o más venales.

En el vacío que esta perención de una firme voluntad partidaria ha producido, todos los grupos sociales: productores, gremios, sindicatos obreros, federaciones de empleados, han concurrido a ocupar su sitio. El hecho de que los escritores no hayan llenado el suyo nos dice —es importante— dos cosas: o que el escritor no es tan clase como los otros grupos o, también es posible, que la función del escritor no pueda ser puramente gremial (como no realice un gremialismo tipo A. U. D. E.) y el escritor, entonces, por serio, no pueda dejar de pensar la sociedad, el país mismo como un indisoluble todo.

La alianza, hoy inextricable, entre las regencias políticas y económicas (el "Régimen" en una palabra) que encorpan la máquina política oficial, los grandes nombres dinásticos, la prensa multimillonaria, la industria protegida, los intereses bancarios y la alta clase latifundista forma un blindaje impenetrable a toda sugestión cultural. También, ni que decirlo, a toda sugestión nutricia de lo nacional y lo popular. Tan extremo panorama llama al intelectual, políticamente, a una pesada responsabilidad. Porque, como hemos aventurado, la crisis actual de nuestros partidos refleja, pese a su relativa y aparente autonomía, la quiebra de la estructura liberal-capitalista-burguesa y esa crisis pone a su vez al sistema de partidos en su debido lugar, esto es, en su relatividad histórica. La opción de la clase cultural no se hace con ello más fácil sino, por el contrario, más compleja. Exige al mismo tiempo conciencia histórica y conciencia del presente.

Conciencia de que las luchas de partidos comenzaron siendo entre nosotros una añagaza, en buena parte, de las potencias imperialistas o de sus centros americanos interpósitos (Francia, Inglaterra, Brasil, Buenos Aires se turnaron en el papel). Conciencia actual de que el sistema de partidos, regidos desde dentro por oligarquías, gobernados desde fuera por intereses clasistas púdicamente embozados y por la coacción de los aparatos de opinión pública mundial, hoy, crudamente, ya no funciona.

Pero eso no basta. Al simplificarse las tensiones entre la condición semicolonial y marginal de nuestros pueblos y el hambre de unidad, de justicia, de auténtica libertad que a todo lo ancho del continente, contra esa condición, trabaja, la imaginación histórica de las nuevas generaciones iberoamericanas, y las de escritores en primer plano, tiene ante sí la invención de nuevas formas políticas y sociales, de nuevas estructuras, que estas reflexiones no intentarán, siquiera, esbozar.

En esas tensiones, el escritor uruguayo puede encontrar su sitio. En ese cuadro de nuevas fuerzas, de nuevas exigencias, de indispensables rescates. Puesto que se van a dar juntos el apetito de unidad y de justicia de las multitudes iberoamericanas, la urgencia de dinamizar nuestros pueblos hacia esas comunes y encarnizadas tareas, los sacrificios inevitables del proceso que nos ponga a la altura técnica de los tiempos, la violencia histórica probable que el choque con fuerzas sociales hostiles ha de precipitar. Y como que todo eso tendrá que poner en peligro valores que para la vida del espíritu (y no sólo para la de la mera inteligencia) no pueden ser indiferentes, y que le son vitales (con lo que inevitables dilemas se suscitarán entre aquellas realidades y estos valores), la misión histórica del intelectual sudamericano (y también del uruguayo, ya no somos la Arcadia feliz) es la de responder a tan tremendo y removedor desafío por una suerte de actitud, de experiencia, de militancia "arbitral". Esto es: luchar en aquellas líneas históricas a las que nos llaman a la vez la voluntad de los tiempos y los imperativos éticos; salvar unos valores que no son sólo valores profesionales del intelectual puesto que pertenecen a todos los hombres, puesto que toda vida, toda alma queda sin ellos, irremisiblemente mutilada. Los "valores liberales", si es que le quitamos a la última palabra su perimido contexto histórico. Los "humanistas", si es que a ésta le extraemos su frecuente ñoñería. Los de la tradición cristiana, que se llevan dentro aunque no se sea religioso y liberados, naturalmente, de falsificaciones temporales. Para poner ejemplos: los de cierta tolerancia que no sea indiferencia por la verdad; los del diálogo cordial entre "las verdades probables". Los de la crítica y la lucidez, sin los cuales el destino trabaja a ciegas. Los de la fraternidad y la caridad entre los hombres, cualquiera sea su etiqueta, cualquiera su ubicación en alguna impersonal dialéctica. Los del espíritu mismo por fin, los de la personalidad, los de la contemplación de lo universal, la experiencia de todo un trascendente ámbito que aunque todo condicione es, en sí, extrahistórico y extrasocial.

## VI. - el intelectual y las divisas

No es ésta la oportunidad de examinar en qué líneas y por qué razones la vida nacional del siglo pasado resultó tan intensamente politizada. Lo que ahora importa es marcar que como casi todos los creadores de cultura, los escritores de esa época tuvieron una filiación partidaria, esa filiación tal vez pueda decirnos algo, no de ellos, que

sólo nos interesan como síntomas, sino de los partidos a que adhirieron. De sus significados, de las fuerzas históricas que hubieron de asumir.

Decir así que durante nuestro siglo XIX y principios del actual fueron colorados Juan Carlos Gómez, Andrés Lamas, Melchor Pacheco y Obes, los Ramírez (Carlos María, José Pedro, etc.), Angel Floro Costa, Daniel Muñóz, Francisco Bauzá, Julio Herrera y Obes, José Pedro Varela, Magariños Cervantes, Juan Carlos Blanco, Isidoro de María, Heraclio Fajardo, Víctor Arreguine, Pedro Bustamante, Manuel Bernardez, Francisco Soca, Eugenio Garzón, Nicolás Granada y muchos más; que fueron originariamente blancos, o más tarde nacionalistas, Bernardo y Aurelio Berro, Carlos Villademoros, Antonio Díaz, Eduardo Acevedo, Francisco Lavandeira, Eduardo Acevedo Díaz, Ramón de Santiago, Enrique de Arrascaeta, Mariano Soler, Agustín de Vedia, Justino Jiménez de Aréchaga (I.), Pedro y Washington Bermúdez, Alfredo Vázquez Acevedo, Antonio Lussich, Alonso y Trelles, Carlos Roxlo, Zorrilla de San Martín y algunos otros; que de esos dos núcleos, desilusionados de uno y otro, como Carlos María Ramírez, o Juan Carlos Blanco, o Arrascaeta fundaron el muy principista Partido Constitucional al que también adhirieron Domingo Aramburú, José Sienra y Carranza, Luis Melián Lafinur, Elías Regules, José G. del Busto y, muy en sus inicios, Martín C. Martínez; decir, por último, que Zorrilla de San Martín, de origen nacionalista fue el fundador de la Unión Cívica hacia 1910, puede, como decíamos, conducirnos a algunas deducciones de interés.

La primera, tal vez, en importancia es que, si tomamos los orígenes sociales de todos estos nombres se ve que los equipos dirigentes de los dos partidos se reclutaron entre una burguesía media y alta, muy a menudo de composición comercial o militar, de proveniencia española o lusitana y sólo cierta ligerísima preeminencia patricia en el núcleo blanco (si por patriariado entendemos el grupo dirigente de militares y letrados, muy a menudo de modesta condición económica, que actuaron hacia la época de la independencia). Este es por ejemplo el caso de los Berro, de Acevedo Díaz, de Agustín de Vedia, blancos o nacionalistas pero lo es también el de Bauzá, el de Eugenio Garzón, el de Julio Herrera y Obes, el de José Pedro Varela y el de los Ramírez, todos ellos de origen colorado. Posiblemente, y es importante el detalle, los únicos hijos de estancieros sean, en las largas nóminas precedentes, Bernardo Berro y los Ramírez. Por lo que no sería arriesgado concluir que los partidos políticos, en este plano, se nos aparecen como diversificaciones de una misma e inicial coherencia socio-económica.

También interesa señalar que en el plano de las significaciones estéticas, aunque la impronta del romanticismo sea la dominante, en el rol nacionalista, o blanco, aparecen con más intensidad afinidades con lo clásico, lo neoclásico y lo popular. El Recocó, la "escuela salmantina" y la poesía cívica de la Ilustración marcan la obra de los dos Berro (Bernardo y Aurelio) y tampoco parecería casual que un hijo de croata, como Lussich, o un inmigrante español como Alonso y Trelles, señalen su filiación nacionalista junto a sus respectivas aportaciones en lo gauchesco o en un nuevo nativismo. Lo tradicional, lo español (como caracterizadores de lo blanco), pueden ser empero términos ambiguos, si unimos a ellos el elemento imprescriptible de la ortodoxia religiosa. Y esto es así, ya que si entre el vago deísmo cristianizante de los románticos, extraemos las excepciones de los concretamente católicos nos encontraremos, por ejemplo, con que Bauzá es el único caso satisfactorio y Bauzá fue tan imperturbablemente colorado como lo fue Flores, el único caudillo militar de definido embanderamiento religioso. También podría apuntarse simétricamente que, a la vez, la nota dieciochesca, "iluminista", regalista, netamente antirromántica, pero además hostil a toda efusión religiosa, es justa-

mente, la que caracteriza a las dos grandes figuras intelectuales del inicial equipo oribista: Eduardo Acevedo y Bernardo Berro. En Berro, que veía la figura de Rivera identificada con su sentido del romanticismo como salvajismo y arbitrariedad irracional (y que intuye por ahí la conexión tan señalada hoy entre la política y el trasfondo ideológico-cultural), en Berro, decimos, se acentúa de tal modo esa característica individualista y racionalista que, en momentos decisivos de su actuación, se asemeja el Presidente blanco a uno de aquellos grandes ministros "ilustrados" de Carlos III, que tan infructuosamente como el uruguayo en su tierra, quisieron hacer de España una sociedad clara y eficiente, rica de bienes y de "buen sentido".

Si de las tensiones religiosas iniciales se pasa a los debates filosóficos y científicos del último tercio del siglo, las comprobaciones son similares. Se verá entonces que en el racionalismo espiritualista de sesgo anticlerical o en el positivismo literal, de origen generalmente inglés, se alinean por igual nacionalistas, colorados y constitucionales y que junto a los espiritualistas y racionalistas Muñóz, Herrera y Obes, Ramírez o Batlle, de origen o filiación colorada, Vedía, Aréchaga, los Bermúdez o Roxlo, portan signo semejante, así como junto a un positivista cabal como Angel Floro Costa pueden colocarse los nacionalistas Alfredo Vázquez Acevedo y (aun) Eduardo Acevedo Díaz.

El último nombre nos trae a señalar que no es causal que sea en el momento en que triunfa en el Uruguay el espíritu modernizador y sus consecuencias institucionales que pueda darse una figura y una obra como las de Acevedo Díaz. Acevedo representa algo muy distinto a lo que podían significar las mejores cabezas del viejo Partido Blanco (de las que descendía, entre las que creció). Acevedo Díaz es el intelectual ganado totalmente por ese espíritu modernizador que él asume, sobre todo, en sus inferencias políticas y religiosas. Pero también es peculiar que en alguna de sus novelas, "Lanza y sable" es el caso, Acevedo reivindique la filiación, el origen blanco de ese espíritu. Acevedo, así, vio en el choque inicial entre Rivera y Oribe el conflicto entre la bárbara montonera gaucha que el vencedor de Rincón habría presidido (también la lúcida oligarquía montevidéana de "los cinco hermanos") con los barruntos de un Estado racionalizado, tecnificado, regular que el inflexible reglamentarismo de Oribe ya anunciaría. Late también en Acevedo Díaz el dualismo que crea en un espíritu la adhesión intelectual a "lo civilizado" y la pasión estética y temperamental por la grandeza de lo primitivo, por lo ancestral. Rasgo común de algunos de los mejores espíritus americanos: Sarmiento, Martí, Lugones, Euclides da Cunha para poner ejemplos, Acevedo, como los anteriores, jamás la resolvió dentro de sí.

Junto al autor de "Ismael", también merecen breve nota dos nuevos personajes. Nacido en la justa mitad del siglo pasado, Melián Lafinur, el "constitucionalista", da la nota más radical del "espíritu moderno", tal como lo entendían las oligarquías liberales y ciudadanas del siglo pasado. Racionalista, individualista, anticlerical es también el enconado enemigo de Artigas y de todo lo que sienta a campo, caudillaje o espontaneidad precivilizada. Partidario de lo porteño, defensor de Juan Carlos Gómez, su adhesión a Batlle, ya en nuestra centuria le llevó de Ministro a los Estados Unidos y desde allí, en variados documentos, dará la pauta de una admiración por lo norteamericano que es esencial característica del progresismo de esos años. Tendrá todavía oportunidad de enfrentar los nuevos partidos "de ideas" (él, que había militado en el abstracto "constitucionalismo") y viejo anticlerical, anatematizará a la Unión Cívica; viejo individualista, en 1918, emitiría sobre el Partido Socialista este juicio, con tan delicioso sabor de época: Nada hay que exija su desarrollo, y la anarquía y demagogia que hacen

en la actualidad las delicias del pueblo ruso, inspiran el deseo de que se aleje todo lo más que se pueda la preponderancia de ningún Lenine (sic) uruguayo con sus magistrales conclusiones en la ciencia del gobierno.

Carlos Roxlo entremezcló una caudalosa veta romántica con pasiones partidarias generosas y extravertidas. Cantor de Saravia y de su divisa pero también del canillita, en "Andresillo", Roxlo testimoniará en los años iniciales de su actuación parlamentaria ciertos intereses que rompen esquemas demasiado rígidos y por ello peligrosos. Con Herrera, en 1905, presentó Roxlo, por ejemplo, un proyecto de Ley de Trabajo que, sin ser seguramente revolucionario, prueba suficientemente que la atención a las nuevas realidades del tiempo industrial no puede canalizarse (sólo) en el partido del que Roxlo fue adversario.

No sería éste el único caso (por otra parte bastante cercano a nuestro tiempo) que podría servirnos para probar que la posible alineación de fuerzas en un "país occidentalizado marginal" que en las páginas iniciales se planteaba debe ser ajustada, en el caso uruguayo, a los factores diferenciadores que también se enumeraban en ellas: presiones externas divisoras, clausura arbitral de la Guerra Grande, ambiciones individuales o de grupo y, sobre todo, impregnación de la mundividencia "moderna", liberal, europea, casi sin oposiciones. Similares en origen social, cultura y hasta posiciones religiosas, las clases dirigentes de los dos partidos participan de ella y no le faltaba razón a Bernardo Berro cuando, en su etapa fusionista, registraba: los orientales no están divididos por principios políticos, estánlo solamente por los hechos, por la aplicación de aquéllos a algunos de éstos que ya sucedieron tiempos atrás. Respecto a las ideas especulativas, todos están conformes; y se puede decir que todos pertenecen a la misma escuela. Justamente con dificultad se encontrará un país civilizado y libre en que haya menos diferencias de opinión tocante a doctrinas y principios...

Y tan es así, que muchos posibles indicios, llevan a comprobaciones inesperadas. Una: suele señalarse, por ejemplo, la afinidad entre el Partido Colorado y el bando porteño "unitario" primero, extranjerista, oligarquizante; "organizador" caído Rosas pero siempre guardando su proclividad minoritaria y la indesarraigable pretensión de regir la Argentina en beneficio de la "civilización". De esa "civilización" que encarnaban el comercio, los intereses ganaderos y la inversión extranjera. Dos poetas, en el Uruguay, compusieron obras de tono elegíaco al fracaso, al exilio del personaje más representativo de esa línea: Bernardino Rivadavia. Y esos dos poetas, ocurre, fueron, como Villademoros y Aurelio Berro, netamente "blancos". Otra: suele identificarse con la línea histórica blanca o nacionalista la empecinada resistencia a las intervenciones extranjeras y, sin embargo, como en alguna parte registramos, fue Bernardo Berro el que extendiera en 1855 el testimonio más lúcido de la insuficiencia del país planteando el reclamo mejor argumentado de una tutela multilateral. Una tercera: suele identificarse con la acción histórica colorada cierto temperamento igualitario e instintivamente democrático y, sin embargo, es una de las figuras procerales del coloradismo, Juan Carlos Gómez, que en 1853 teorizaba el "Partido Conservador" y tejía el elogio de la aristocracia inglesa, esa aristocracia que "ha mostrado (... una sabiduría y un tacto político admirables (...)) que tiene constantemente abierto su seno a todas las aptitudes y todos los méritos, etc."

Si identificamos con un partido cierto intransigente y arrojado principismo, si constanciamos al otro un definido "realismo político" y un gusto nativo por la transacción también nos encontramos con que al lado de los principistas colorados del tipo de

Gómez o Bustamante no deslucen los nacionalistas del orden de Lavandeira, Vedia o Acevedo Díaz y si a los colaboracionistas miramos, en el lote nos encontramos junto a Soler, Aurelio Berro o Vázquez Acevedo, nacionalistas a Lamas, a Varela, a Bauzá y tantos otros colorados.

Esta revista no puede extremarse y, para nuestra intención, es suficiente. No es en el plano de las ideologías, ni en el de sus hombres de cultura que los partidos se diferenciaron. Las disimilitudes son muy escurridizas, suelen darse en un plano ulterior y poco articulado y aún las que en él se hallen deben estar amonestadas por un pronunciado relativismo.

En ese plano ulterior, no puede negarse, por caso, que el Partido Colorado tiene más natural afinidad con "el espíritu moderno" y hasta la misma cuantía de los nombres que en él lucen debe advertirlo. No puede negarse que pese a algún ejemplo anterior la línea blanca, o nacionalista, fue más coherente en la defensa de la entidad nacional apareciendo siempre más hostil ante cualquier inminencia de mediatización extranjera. La pasión histórica colorada que trae aquí a colación el ejemplo de la entrega de Oribe a Rosas escamotea el hecho de que hasta muy rebasadas las luchas de la independencia todos los sudamericanos se sentían idealmente ciudadanos de una misma nación, de una "patria grande", no pudiendo medirse entonces con el mismo rasero, verlas igualmente "extranjeras", aquella Confederación Argentina en la que Artigas había dominado un cuarto de siglo antes, que las potencias comerciales europeas de Francia e Inglaterra.

Estas (tal vez demasiado tenues) líneas de clivaje no agotan como es natural las diferencias entre los que se llamaban "partido de la ciudad" y "partido de la campaña". Y que, como partidos que eran, masas sin voz consustancial, tuvieron que encontrar sus intérpretes en intelectuales que no siempre fueron fieles a su esencia y menos devotos de sus tradiciones. (Representativo es, por ejemplo, el episodio en el cual, durante la revolución del 70, Agustín de Vedia, un nacionalista aporreado y liberal, le obliga a José Llupe a quitar de su cantón el nombre de Manuel Oribe.) Anótese de paso que esta dicotomía de "campo" y "ciudad", tan traída y llevada hasta nuestros días, es un artificio puramente localizador: hace ya un siglo el tantas veces mencionado Berro señalaba como siendo intereses personales los que dividían a los hombres, en cualquier familia del campo o la ciudad, solían hallarse partidarios de los dos colores y apasionadamente hostiles y cómo el mismo hombre de campo trasladado a Montevideo solía ser cumplido ciudadano (aunque esto mostraría que aquí Berro sólo tenía en vista las clases directoras).

Si, más allá de estos ajustes, se busca todavía qué es lo que representan el "partido de la ciudad" y el "partido de la campaña" nos quedará entre las manos algo que, a esta altura, ya puede resultar pleonástico. En el primero: la modernidad liberal, con romanticismo, instituciones políticas anglofrancesas, franca confianza ante la penetración europea y fe ilimitada en el desarrollo económico promovida por ellas. En el "partido de la campaña", en ese estrato profundo, los restos de las formas de vida tradicionales, premodernas. En puridad: un repertorio de desconfianzas y resistencia ante lo moderno, lo extranjero. También estas desconfianzas y estas resistencias fueron muy desiguales ante fenómenos de signo idéntico: enérgicas, por caso, frente a las tendencias a "la imitación constitucional", resultaron a menudo débiles ante las consecuencias económico-sociales que la presencia de la empresa europea, a la larga, aparejaría. Algunos aportes circunstanciales robustecerían, en parte, el carácter tradicional del ingrediente

blanco: la influencia de cierto tipo de clérigo de mentalidad "integrista", como el Padre Magesté, no sería demasiado duradera; el aporte de elemento inmigratorio español de filiación carlista (que dio jefes revolucionarios tan típicos como Jerónimo de Amilivia y Lesmes de Bastarrica) resultará, hasta fin de siglo, mucho más importante. Con todo, ninguno de estos elementos integraron un compuesto demasiado sólido, un compuesto que pudiera hacer del Partido Nacional el portavoz político de una estructura socio-cultural tan rotunda como lo fueron, en la Argentina del siglo XIX y aun del XX, la región de Córdoba o las provincias andinas.

## VII

En todo lo que va de nuestro siglo, las evidencias que nos brinde un doble procedimiento de filiación y periodización son más retributivas. Pero también son más difíciles; también exigen más pormenor.

En la generación de 1900 fueron colorados: Rodó, Reyles, Vaz Ferreira, Julio Herrera y Reissig, Quiroga. Originariamente nacionalistas eran Viana y Florencio Sánchez, aunque ya se señalará por qué poco tiempo lo fue este último. Y así, como hacia fines del siglo se había marcado con cierto volumen, por lo menos entre las minorías, la disidencia "constitucionalista", la irrupción ahora de los "ismos" ideológicos europeos (anarquismo, socialismo), arrebatará de los cuadros tradicionales un núcleo de escritores importantes. Casi todos ellos eran de procedencia colorada (Vasseur, Falco, Frugoni, Herrerita); sólo Sánchez, como recién se dijo, provenía del Partido Nacional.

Pero aun entre los colorados, los distingos posibles son sumamente reveladores.

Rodó y Julio Herrera y Reissig, el uno de origen medio-burgués, el otro patricio, mantuvieron su tesitura política al margen del hecho nuevo que el batllismo representaba, si bien puede decirse que Herrera murió demasiado pronto para que su postura haya tenido positivo valor sintomático. Las causas de ambas, además, son diferentes. Julio Herrera inserta su filiación política en el destino familiar, el de los Herrera y Obes, decisivamente quebrado desde el advenimiento de Cuestas, enjuiciando la trayectoria de su partido (y la del país) dentro de una genérica actitud de egolatría modernista y de una insatisfacción del medio "chato", "prosaico", "burgués", "conformista". Su política es (todavía) la que hacen (es su expresión) los elementos principales de la juventud, la "juventud dorada" de los cenáculos y los bailes patricios. Su "Epílogo wagneriano" (1902) es un documento bastante revelador, en el que de paso que enjuicia tenuemente la entrega de los recursos nacionales al imperialismo, insurge contra los aluviones inmigratorios de una crasa ordinariéz, y califica al Uruguay de pantano lúgubre de política trasnochada, de costumbres pastoriles, de trivialidad eglógica, de prácticas empedernidas: un cementerio de campo donde se adora morbosamente los manes de dos caudillos.

Rodó era un liberal a la europea, devoto de la tradición literaria de la Defensa, admirador estético de los caudillos de su partido pero mucho más íntima y enternecidamente admirador de los agitadores periodísticos o militares de su color (Melchor Pacheco, Juan Carlos Gómez). Institucionalmente conservador, laico, individualista, creyente en el derecho de los cultos a gobernar el país y a presidir el proceso de su mo-

dernización, hostil a toda disciplina partidaria, el contexto de su actitud tendría que alejarlo al mismo tiempo del Batllismo y del Nacionalismo, colocándolo en ese relativo ostracismo que tanto se ha magnificado.

En Reyes el coloradismo es también, como en todos ellos, tradición familiar, pero más indiferente, con seguridad, que cualquiera de su generación a su sentido histórico, su filiación puede significar una sola cosa y esto es: "colorado" es el signo del proceso "modernizador" hacia el enriquecimiento del país, promovido desde el campo; "colorado" es también el signo de un Estado fuerte que garantice la paz y el orden necesarios para aquel proceso.

Aunque nunca cumplió actos de militancia política, la figura del 900 más fácilmente fillable en el curso batllista es la de Carlos Vaz Ferreira. Si es cierto que su "temperamento intelectual" de relativismo y extrema cautela desajustaban liminarmente con todos los ingredientes fideistas, "maniqueos", pasionales de una dinámica partidaria, también lo es que su enfoque económico pequeño-burgués, su preocupación "evolucionista" por la cuestión de la tierra y, sobre todo, sus soluciones de libertad y de piedad tienen una profunda identidad con todo un profundo estrato del batllismo. Un estrato hecho de fervor humanitario y aun de una difusa piedad cósmica y que, tal vez, haya representado mejor que nadie la figura, la prosa, la trayectoria de Domingo Arena. En 1932, Vaz Ferreira, casi en vísperas del golpe de Estado, haría el elogio de la constitución de 1917 sosteniendo que evitó la perduración indefinida de un partido en el poder y el excesivo poder personal. (Las dos seguridades no nos parecen hoy demasiadas.)

Inicialmente nacionalista (ya lo decíamos) por razones familiares, soldado de la revolución de 1897, Sánchez marca más dramáticamente que otros (puesto que viene de una rica experiencia vital) la total ruptura con los remedios campesinos y tradicionales de "la Revolución". De su aventura del 97 salieron sus "Cartas de un flojo", de su actividad posterior en la frontera "El caudillaje criminal en Sudamérica". Sánchez alentaba por esos años un ideal industrialista e intelectual, un credo que veía comprometido sin remisión por el culto del valor y las expansiones del indio que hay que sujetar en cada uruguayo. En la prodigiosa pera criolla embanastada entre el Cuareim y el Plata, el Uruguay y el Atlántico, un pueblo de patriotas, guapos y politiqueros, con el desamor al pellejo de los descendientes de Artigas y Goyo Suárez parecía incapaz de vivir para el orgullo de la producción cerebral de sus hijos o la excelencia de sus manufacturas. Como Carlos María Ramírez junto al nombrado Goyo Suárez, había adjurado para siempre de los partidos tradicionales, así lo hizo Sánchez junto a Saravia, aunque la nueva lucha de ideas que para el futuro preconizaba fuera tan diferente a la que soñaba su predecesor constitucionalista de un cuarto de siglo antes. El anarquismo de Sánchez se moverá desde allí fuera de los cuadros tradicionales (no era imposible, aunque pareciera raro, lo contrario). Antes de morir, en 1910, sin embargo, tuvo ocasión de conocer a Batlle en Milán; tuvo oportunidad de esperar que Batlle haría una gran Presidencia. (No incurrió felizmente, ni con los debidos ajustes, en la cursilería inefable de aquella exhortación de Constancio C. Vigil en 1907: ¡Tráiganos el genio de Francia para la segunda Presidencia!)

El cuadro de la insurgencia revolucionaria que presentan los mejores cuentos de Viana ("Treinta y uno de marzo", "La vencedura", "Persecución"), sus mismos testimonios de la "Revolución del Quebracho" o "Con divisa blanca", no es mucho más estimulante que la conclusión (por lo menos) de Sánchez. Pero a diferencia de Sánchez,

Viana seguirá en la brega que reemplazó la aventura revolucionaria por la organización de cuadros civiles aunque tampoco su visión de este tránsito (como en otra parte se anota) sea mayormente optimista.

En la que (de acuerdo a una versión reiterada) hemos llamado generación de 1917, registrase el punto más alto en que una concepción del país, un programa nacional, un rumbo político consolidado consiguen atraer a los escritores.

Se ha tramontado la cuesta de las revoluciones. Se ha incrementado y fortalecido el Estado. Se ha iniciado vigorosamente el proceso de las nacionalizaciones y parece lejísimo e irrepitable, aquel pasado que vio al Uruguay mediatizado, dócilmente, a voluntades ajenas. La libertad y el derecho (tal por lo menos como la concepción liberal-burguesa los concibe) aparecen consolidados y sólo la Riqueza, la Justicia, la Cultura resultan ya señuelos válidos, nortes de una esperanzada acción. Una nueva organización constitucional ensaya, se cree con fe, remedios contra la centralización y la arbitrariedad, mientras la postguerra europea echa a correr por el mundo una difusa expectativa de tipo milenarista.

Casi todas las figuras notorias de aquella generación se mueven en ese aire. Un aire batllista. Aun los más apolíticos: Casal, por ejemplo, hecho cónsul por Antonio Bachi, en épocas de Williman; Sabat Ercasty, con alguna adhesión al Socialismo hacia los años de la Dictadura. Representativo, en cambio, puede ser el caso de Enrique Casaravilla Lemos (tan grande y poco conocido), autor del muy ejecutado himno batllista "fuerza joven y vibrante" y que aunó su origen blanco y patricio, y su catolicismo fervoroso, con un batllismo no menos inquebrantable. Vicente Basso Maglio tuvo que compaginar, en cambio, el trabajado hermetismo de su poesía (tan influyente hacia 1935) y el lato partidismo de su labor periodística y radial. Alberto Zum Felde, Schinca y Lasplaces, los críticos literarios más activos de esa época, escribían, entre 1920 y 1930, en "El Día", o en ese "Día" de la tarde que fue "El Ideal" y dirigió el extraño Francisco Ghigliani. Antonio Grompone, la más promisoría continuación filosófica y pedagógica de Vaz Ferreira, llegaría, por esos años, de Salto, ya embanderado. Desde los núcleos estudiantiles americanistas (Juan Antonio Buero, Héctor Miranda); desde los hijos del patriciado colorado (Pablo y Eduardo Blanco Acevedo); desde las nuevas clases y generaciones profesionales (Santín Carlos Rossi) acuden al Batllismo las figuras más destacadas. Los hermanos Dieste, Eduardo, sobre todo, y el Grupo "Teseo", el más importante núcleo intelectual de "los veintes", aun de veta católica y clásica, tendrá, sobre todo a través de Zavala Muniz, definida proclividad política. Dos de los escritores principales de esta generación: Zavala y Bellán, registran superlativamente esos rasgos. Diputados batllistas ambos, Bellán muere en 1930 y Zavala Muniz llegará hasta donde es notorio. Bellán, que recrea el mundo pequeño-burgués, el "barrio gris" ciudadano, expresa (en sus dramas, en sus cuentos) esa "piedad" de que se ha hablado. Zavala Muniz, nieto de un caudillo blanco, Justino Muniz (más tarde pasado al gubernismo a través de su conflicto con Saravia), sobrino-bisnieto de otro, Angel Muniz, es el hombre que marca (él alguna vez lo dijo en el senado) el paso desde la tradición histórica y vital del Nacionalismo al Batllismo, sin pasar, y esto es lo nuevo, por el Partido Colorado. Su devoción va a los grandes caudillos campesinos, al fragante mundo de un Cerro Largo remoto. De origen batllista, en cambio, aunque sin esa rotundidad familiar de pasiones, Pedro Leandro Ipuche puede representar un proceso semejante. De estar a los esquemas, el orbe paisano de sus relatos, su legendaria zona estanciera tendría que filiarse en un nacionalismo temperamental y anticidudano. Sin embargo, montevideani-

zado, Ipuche también marcará su devoción a los prestigios de la nueva edad con un himno a Peñarol y una inalterable devoción —desde "El solitario de Piedras Blancas" (1915), desde los "Himnos Atreídas" (1916)— a José Batlle y Ordóñez. En 1938 debe haber sido el primero que habló de una mística batllista y vio en Batlle un personaje platónico; la discordia que entre esto y su gauchismo cósmico pueda existir, no fue tal vez el único en sufrirla y algo semejante sería dable rastrear entre la actuación ciudadana y la significación pictórica de Pedro Figari.

Las únicas tres figuras importantes de esta generación que muestran filiación nacionalista son Oribe, Silva Valdés y Gustavo Gallinal. En el primero esa filiación parece cuestión de origen familiar, siendo de notar que casi la única actuación política de Oribe se registra, hacia 1932, junto a Carlos Quijano y su "Democracia social", de la que fue candidato. Vale aquí la pena subrayar que la "Democracia social" de Quijano es, justamente, la réplica (o la expresión si se quiere) de aquella nueva condición del país posterior a 1920, de aquellas esperanzas, de aquellas seguridades. Silva Valdés ha evocado recientemente, en unas sintéticas memorias, su origen en una familia de filiación nacionalista y de clase media ciudadana y profesional. Su nostalgia campesina, su aprendizaje de campero en los alrededores de Montevideo y en estancias de amigos es, seguramente, hontanar de su propia poesía que suscitó, dígame lo que se quiera, toda una nueva visión de lo nuestro, toda una "nueva sensibilidad". Pero en esa nostalgia, también, corría una veta hacia la poesía de pasión partidaria y aun de evocación familiar. Antes de que esa pasión se prodigara en poemas aliadófilos o en himnos a la revolución militar argentina, Silva Valdés elaboró sobre ella algunos poemas capitales: "Capitán de mis sombras", "Romance de Juan Valdés", "Carga de Juan Valdés", "Los hermanos Valiente". Gustavo Gallinal, por fin, es el más alto nombre crítico y ensayístico que concurre al nacionalismo. Su filiación católica, sus iniciales intereses tradicionalistas e hispanizantes, le apartaban de la otra trocha. Pero cuando ocurra el golpe de Estado (que lo encontró como Consejero Nacional), cuando se marque la división ideológica del mundo durante la "década rosada", Gallinal quemará, por así decirlo, todas sus diferencias y concurrirá con mayor entusiasmo que otros a la defensa del patriotismo liberal del país y del mundo.

Este proceso nos trae a señalar que ya desde 1930, en puridad, habría que realizar un distingo esencial. Si se concibe la afiliación como un acto puramente formal no hay duda que seguiremos encontrando un sustancial porcentaje de afiliaciones partidarias. Pero si, desde esa superficie, y a medida que fueron pasando los años, se calase, sustancialmente, qué temperatura de devoción o qué liviandad de conveniencia o moda dictan esas adhesiones, nos haríamos cargo de hasta qué punto ha perdido el Régimen uruguayo el sostén de su "intelligentsia"; de hasta qué grado ésta busca, todavía oscuramente, nuevas formas de participación, de inserción, de lucha.

Ya en la generación que se inicia entre el Centenario y la Guerra de España, sometida como está a potentes influjos ideológicos universales, la definición partidaria es más azarosa y más escasa que en todas las anteriores. Esos influjos y esos problemas universales parecen exigir mucho más imperiosamente una respuesta clara que cualquier cuestión nacional. Y es desde entonces que el "Partido-Iglesia", la "secta" en el sentido sociológico, universalizada, reclamará fidelidades y devociones con las que en ningún partido nacional podrá contar. Mientras nuevas clases sociales irrumpen en la literatura (Serafín García, ex-guardia civil, puede ser caso ejemplar), muchos escritores y la mayoría de los jóvenes irán a los partidos menores o de "ideas", entre los cuales bastantes

al Civismo, muchos al Socialismo y una buena parte a los organismos más o menos simpatizantes del Comunismo. Por ese tiempo un hombre de trayectoria singular pero también representativa, Pedro Ceruti Crosa, pasa de un batllismo desfibrado a un comunismo en el que permanece disciplinadamente hasta su muerte. Los que eligen climas menos extremos, pero lejos de los "grandes partidos", lo harán no tanto por deseos de una intervención más activa como por una suerte de apartidismo precautorio que poco tiene que ver con el apoliticismo de algunos modernistas y en el que se salva la conciencia con la simpatía a agrupaciones de trayectoria generalmente limpia y se permanece en disponibilidad ante posibles eventos locales o universales.

Y la prueba está a mano. ¿Porqué podría terminarse este trayecto, insertando en los cuadros tradicionales la actual intelectualidad uruguaya? ¿Sería representada ésta, constituyendo, por ejemplo, un equipo "catorcista" que integrarían Felisberto Hernández, Alberto Rusconi, Alfredo Lepro, Julio Da Rosa y Dora Isella Russell? ¿O uno del batllismo berrista con Ovidio Fernández Ríos, Carlos Maggi, Juvenal Ortiz Saralegui, Manuel Flores Mora, Alba Roballo y Luis Hierro Gambardella? ¿O uno de la Unión Blanca Democrática con Francisco Espinola, Adolfo Rodríguez Mallarini, Fernán Silva Valdés y Laura Cortinas?

Nótese la estridente heterogeneidad de generaciones, de modos, niveles y hasta de ideologías. Subráyese la tenuidad de los vínculos, siempre azarosos, casi siempre personales y sobre todo (y sin temor a prejuzgar): siempre originarios de la política misma, nunca dictados por una radical "afinidad electiva" que ligue a un partido, a un grupo, cualquier nombre de los precedentes roles.

La antigua A. I. A. P. E., aun alguna tentativa anterior como la C. T. I. U. ("Confederación de trabajadores Intelectuales del Uruguay"), la misma "Organización de Intelectuales y Artistas Católicos", una fugaz disidencia centrista de la A. I. A. P. E. que dirigieron Víctor Dotti y Justino Jiménez de Aréchaga, se habían movido bajo la atracción de los grandes meteoros universales, de las grandes corrientes ideológicas de nuestro tiempo. Veinte años después, como en Alejandro Dumas, manejadas esas grandes corrientes y manejadas creciente, masivamente por los aparatos de presión y propaganda de las grandes potencias, reflejadas en consignas con total pasividad por nuestras inflexibles prensas "democrática" y "totalitaria" algunos ejemplos, como de costumbre, nos servirán para marcar el paso hacia un nuevo tiempo, hacia una renovada deserción.

Hace diez años, para ser precisos, el enconado debate del pro-comunismo y el anti-comunismo que protagonizaran estentoreamente Cruz Goyenola, Dotti, Paseyro y Ceruti Crosa había sufrido ya el impacto, la deformación de aquellas grandes máquinas sin fronteras. Hoy, todo pensamiento libre sobre la historia y sobre lo social tiene que buscar sus propios ámbitos porque la intemperie general de la sociedad, los medios de "la opinión pública" consiguen, habitualmente, bastante más que deformar. No es ésta empero la única actitud. Una institución como A. U. D. E. marca, por el contrario, el momento, el "minuto fatal" en que el intelectual uruguayo se corta la coleta de toda opinión un poco riesgosa, se introverte, deserta, se refugia en un mundo impersonal y abaratado, de garzas y de amapolas. Un mundo convenientemente acolchado en algún modesto destino burocrático. Evoca a Delmira, a Baudelaire y a Vallejo pero, sobre todo, aprovecha esas evocaciones para agasajar concejales, o acortar en unos meses la antesala mendicante por los Ministerios tras algún premio impago, tras alguna mínima

e incompartible ventajita. Irse al extranjero con alguna "agregatura cultural", a pregonar lo que no existe, a hacerse envidiar por amigos tan invertebrados como él, es el miraje supremo de este "lumpen-intelectual" domesticado.

Más allá de cualquier diatriba el hecho singular es éste: en el vacío de poder que la formidable baja de tensión de los partidos ha dejado, tal vez sea la clase intelectual la única que no haya acorrido, con prisa, a hacerse un lugar en él. Las causas de este hecho se examinan en otro pasaje de estas notas y aquí sólo resta decir que el fenómeno tiene, a pesar de todo, sus excepciones.

Lo más valioso de las generaciones nuevas se refugia en el sector social, en el grupo, en la pequeña revista, en la asociación o en el gremio, en todo lo que, en suma, parece haberse fragmentado, pero también tocado tierra, la comprometida sustancia nacional.

Estos promisorios pero tan parvos indicios pueden tener, empero, dos excepciones.

El núcleo de escritores comunistas completa por un extremo el cuadro. Jesualdo, Amorim y Gravina ("Macadam", "Fronteras al viento", "Las puertas de la primavera") y algunos otros, cumplen sus obras dentro de una estricta tonalidad partidaria. Pero, como se destaca en otra parte al examinar más de cerca su actitud y su significado, la situación casi privilegiada que el Partido Comunista asigna al intelectual más puede ser un obstáculo que un estímulo y no parece hoy (salvo seguramente Amorim) que la acción de los escritores del partido soviético exceda mucho el medio de los afiliados, ya previa y disciplinadamente admirativos y la vasta circulación, esa sí, más allá, muy más allá de fronteras, en millonarias traducciones.

La actividad de la Universidad en estos últimos años constituye el síntoma que nos resulta más importante. Sus concursos, sus ciclos de conferencias, sus mismas publicaciones, la acción escrita u oral de profesores como Ardao, Solari, Faroppa, Wonssever, Carlos Alfredo Viera, Beyhaut y Ares Pons apuntan a cómo, al margen de la descaecida superestructura política, de las desprestigiadas clases dirigentes y de los "grandes partidos", el escritor, el hombre de cultura busca su enfrentamiento al país desde posturas más desembarazadas y más auténticas que desde esas jaulas de chafalonía que son lo único que el Régimen parece ya poder ofrecer a los indiferentes y a los venales.

## VII. - la función del escritor y el partido

Hasta fines del tercer cuarto del siglo XIX, "el partido" es poca cosa más que el séquito ciudadano de los intereses del Jefe, el aparato montevidiano del que Rivera u Oribe o Flores (también el Brasil) extraerán sus capacidades. Sin embargo, y como en otra parte se subraya, ante ellos, indócil, recomponiéndose, disolviéndose, entendiéndose por encima de las divisiones, buscando sus puntos de entente contra todos los meteoros de la vida nacional que les son adversos, el equipo montevidiano planteará sus propias exigencias y pugnará, cuando sea posible, por un más autónomo, más libre ejercicio.

En esos partidos del siglo pasado, el dirigente de origen patricio o el proveniente de las clases medias es un hombre culto y en puridad, con toda la latitud con que se configuró este término (y en cuanto la vida se lo permita), un escritor. Escritores en el sentido cabal serán en sus exilios porteños Zorrilla, Acevedo Díaz y varios otros; escritor, y no otra cosa, el operante periodista, el agitador epistológrafo, el panfletario

más o menos clandestino, el dramaturgo de ocasión, el esporádico poeta. Así lo fueron políticos, y aun militares, como Andrés Lamas, Juan Carlos Gómez, Melchor Pacheco y Obes, Bernardo Berro y hasta César Díaz. Casi todos los "principistas" movieron la pluma y aunque tener "principios" puede no ser lo mismo que tener imágenes (y hasta ideas) esos "principistas" se aproximan más al tipo del escritor que a cualquier otro tipo humano (comprendido a veces entre el resto el mismo del político...).

Caso más relevante en esos cuadros constituyó Eduardo Acevedo Díaz el ejemplo del periodista (el antecedente menor pudiera serlo Juan Carlos Gómez en su campaña de "El Orden") que desencadena una revolución con su labor, ya que esa importancia decisiva tuvo, seguramente, su lucha contra Idiarte Borda en "El Nacional" de 1895 y 96. En la que él, con frase tan duradera, llamó esta Andorra desgraciada, "Fibradura" (era su firma) cumplió de paso una trascendental innovación periodística y ella fue llevar el lenguaje gauchesco (o, por lo menos uno mucho más colorido, más poético, más concreto, más cercano al común de nuestras gentes que todo el que se empleaba) al área del editorial periodístico. Con ello descongeló, por así decirlo, el decir generalmente envarado y pedantesco del periodismo político montevidiano, iniciando allí una tradición de estilo que en el Partido Nacional prolongaron Roxlo (en parte) y sobre todo, personalísimamente, Herrera.

Por su situación social y económica (clase media tradicional y relativamente empobrecida) por su misma ideología (liberal individualista) la vida de Rodó marcará un tornante de acuerdo al cual la situación del escritor, del intelectual en la política y en los partidos varía en forma radical.

Hacia fines del siglo anterior, la pugna del militarismo y el civilismo había sido un choque entre minorías relativamente ayunas de pueblo y no es ocioso señalar que, correlativamente, tal vez haya sido esa época la edad de oro del escritor en nuestra actividad política. Aunque, a diferencia de la Argentina, no hayamos tenido tres escritores ocupando sucesivamente la presidencia de la República (Mitre, Sarmiento, Avellaneda), escritores fueron, a su manera, Berro, Julio Herrera y aun Cuestas; candidatos al cargo presidencial lo fueron Bauzá y Juan Carlos Blanco.

Al tramontar el nuevo siglo, pueden registrarse varios fenómenos que alterarán esa condición del intelectual en forma decisiva. La significación de Batlle en el viejo Partido Colorado, la aglutinación con miras revolucionarias de Saravia en el Blanco (o Nacional) y tras ella la tarea organizadora civil de Luis Alberto de Herrera; fundamentalmente: el acrecentamiento del caudal humano del país, el ascenso de sus clases medias, la perención de la guerra civil por causas técnicas, estratégicas, económicas y culturales, provocarán de consuno la formación de los tan comentados partidos de masas. Y en esos partidos de masas el intelectual va a representar, va a significar mucho menos de lo que antes importaba.

Se ha solido señalar aquí el tan mal entendido sectarismo de Batlle y creemos que el factor, aunque es menos decisivo que todo lo que precede, tiene su peso. En Batlle adquiere plena coherencia la idea del gobierno del partido (que en puridad hereda de su detestado Julio Herrera) y esta idea se fundamenta en el supuesto de que el gobierno es dirección única, rumbo cierto, prospecto nacional y no transacción inmovilizante, o sistema inhibitorio de pactos. Y si el gobierno es esa unidad de voluntad y de impulso debe ser protagonizado por hombres embarcados en una misma causa, ceñidos de una misma divisa. Producto ese sectarismo de una mentalidad afirmativa e, instintivamente, dogmática, sentía con suficiente fuerza, abrazaba con suficiente pasión sus pos-

tulados como para no pensar que la pertenencia a uno u otro partido (que Batlle veía como actitudes enterizas ante la vida, la sociedad y la moral misma) no tuviese que teñir, de algún irrevocable modo, el propio juicio, el trato que los hombres merecían.

El Partido Nacional, por el contrario, franqueado por el mismo sentido de su nombre, por su base más telúrica que intelectual, por la misma heterogeneidad de sus componentes sociales (clases campesinas alta, media y baja, clase doctoral y comercial montevideana) adoptaría una postura más integradora de las distintas variedades ideológicas del país. También profesaría una simpatía mayor hacia figuras extra-partidarias como lo probaría entre otros síntomas la actitud de Herrera ante Rodó y ante Reyes.

Podría señalarse, empero, que esta posición fue más la regla que la excepción y que existieron en aquellas décadas personajes de plena significación suprapartidaria. Tal sería Zorrilla de San Martín, que contaba con la abierta simpatía del mismo Batlle. Tal, Vaz Ferreira, desde entonces hasta su muerte. Y tal Rodó, propiamente, desgraciado en la política pero a cuyos homenajes de 1916 y 17 mucho de lo más granado del batllismo adhirió.

Para con los escritores de su causa el período inicial (1903-1931) de dominación batllista fue de abierto estímulo y simpatía. Con figuras destacadas de su propia generación y que, de algún modo habían alentado o facilitado su marcha hacia el poder, Batlle tuvo gratitudes tan sustanciales como el Banco de la República para Zorrilla (batllistizante a fuer de católico y que le llamara, con tanta benevolencia, el fanático de la legalidad) o sucesivas plenipotencias en el extranjero para Eduardo Acevedo Díaz, el calepino de 1903.

Con los escritores de la pequeña burguesía recién accedida a la cultura y al poder, Batlle llenó los cuadros de la actividad consular y diplomática siempre que, naturalmente, bajaran aquellos la llama de la rebeldía anárquica o el socialismo intelectual hasta esa rebeldía moderada y metodizada que el propio donante protagonizaba. Tres de los más estridentes poetas del 900, Falco, Vasseur, de las Carreras, fueron a llevar libros consulares por distintos lugares del mundo. Les seguirían Pablo Minelli González, otro exagerado; Montiel Ballesteros hacia 1920 y tras él muchos más. Williman pensionó a Europa, en 1909, a Sánchez, con un visto bueno parlamentario en el que se unían Rodó, Massera y Arena, colorados o batllistas y Cortinas y Aureliano Rodríguez Larreta, nacionalistas. En 1913 Batlle pensiona a Ernesto Herrera y hacia 1920 Brum tiene un hermoso gesto de magnanimidad con el enconado enemigo que Javier de Viana era.

La cátedra de conferencias es, sin embargo, la recompensa mayor que por ese entonces se concibe para el intelectual. Vaz Ferreira fue designado para ella en 1913, durante la segunda presidencia de Batlle. En 1916, durante la presidencia de Viera se le ofreció a Rodó. En 1932, en el período legal de Terra le fue discernida a Carlos Reyes.

Todos estos gestos, empero, pueden testimoniar un alto aprecio por el creador de cultura, una clara comprensión de su significado. Pueden no testimoniar, en cambio, cuál es la función que cumple en la sociedad, la que cumple más limitadamente, en los partidos políticos.

Al alborear 1900, el Club "Vida Nueva", sucesor de un viejo Club Colorado "Libertad", representó una tentativa de acción autónoma por parte de las clases intelectuales dirigentes. Reyes lo presidió en 1904 y formaron en él Rodó, Martínez Vigil (el Tocles de "El Terruño"), Cosío, Onetto y Viana y alguna notable figura de anteriores generaciones como Angel Floro Costa. El fracaso de esta tentativa señalará que el Partido Colorado se convertiría en un partido radical de masas y clases medias; que re-

chazaría los condescendientes andadores de la burguesía liberal universitaria. El posterior destino de varios de estos hombres en el coloradismo antibatllista no es casual.

Otra asociación, en cambio, el "Centro Internacional de Estudios Sociales", nos permite registrar que la actuación histórica del intelectual fue decisiva en la constitución de los nuevos partidos "menores", o "de ideas", como se les ha llamado. En 1910 la abstención nacionalista provocó en Montevideo la aparición de una lista liberal-socialista y de otra católica. La segunda marca el nacimiento de la "Unión Cívica" en la que Zorrilla de San Martín fue personaje fundador. La primera juntaba los anticlericales de Pedro Díaz con el núcleo socialista que fundó Frugoni y tuvo a Vasseur por precursor.

Con cierta afinidad con figuras nacionalistas (Vázquez Acevedo, Aureliano R. Larreta) el autor de los "Cantos" había redactado, en 1901 (ó 1902), el Manifiesto de Constitución del Partido Socialista. Se dice que, por falta de empuje, la tentativa no cuajó, correspondiendo a Frugoni la labor realmente fundacional.

Originario de la clase comercial acomodada, cronista en alguna época de "El Día", militante gubernista en la revolución de 1904, el estimable poeta que Frugoni era había publicado ese mismo año 1904 su "Profesión de Fe socialista", había fundado el "Centro obrero socialista". En 1908, este núcleo cambiará su nombre por el de "Carlos Marx"; en 1910 redacta Frugoni su manifiesto de Constitución del Partido Socialista y electo diputado para 1911-1913, más tarde constituyente, inicia así una larga trayectoria partidaria no ausente, ciertamente, de polémicas, ataques, interminables disidencias.

Los precedentes hechos pueden ser, sin embargo, y pese a su carácter precursor, los hechos atípicos. Lo típico es que las minorías cultas creadoras sean dentro de los partidos de menos en menos decisivas revelando con ello, y de paso, lo que esos partidos crecientemente son: meras masas de lucha por el Poder (un Poder que representa mayor proporción de la renta nacional para los sectores victoriosos y el prestigio carismático de las dignidades del Estado para sus jefes).

La penetración masiva de la cultura extranjera decidirá que ya no sean los talentos nacionales (nunca lo fueron demasiado) los traductores de las consignas universales, y el rumbo del país en trance decisivo de modernización hará irrumpir nuevos tipos humanos, nuevas funciones dotadas de mayor prestigio: el economista, el administrador, el técnico, el especialista en derecho público. Batlle se rodea en esta época de toda la generación (prácticamente) de los primeros ingenieros (Serrato es el ejemplo más notorio) y esos ingenieros, que hacen su carrera exitosa junto a él, son, como en ciertas novelas de Galdós, el símbolo del "nuevo orden".

Por otra parte, las camadas intelectuales posteriores a la generación del 900, no perteneciendo en general ni a la clase patricia ni a la alta burguesía de origen inmigratorio sino, con excepciones es claro, a la pequeña clase media, plantearán habitualmente menos reclamos en materia de preeminencia, a la par que un mayor grado de profesionalización en lo suyo, las hará menos confesadas (o sinceramente) sensibles al relumbrón de las situaciones expectables.

Con mayor validez hacia el pasado (si ya estamos aquí), el famoso episodio de la frustrada embajada de Rodó al Centenario de las Cortes de Cádiz, en 1912, puede ser revelador. Pero la misma circunstancia de que la postergación haya sido notada y comentada, de que sus reemplazantes: Espalter, Manini y Ríos fueron políticos cultos (cuyo nivel mental pudiera hacerlos, en nuestro tiempo, para esas misiones, un lujo impensable) señala que si la postergación del intelectual es cierta; si el sectarismo es



efectivo, también opera una vigencia social de respecto a jerarquías extrapartidarias que tardaría tiempo, bastante tiempo en verdad, en debilitarse decisivamente.

Es expresiva también la sensación de relegamiento que cobraron algunos posteriores a Rodó por haber elegido sin acierto o haber vivido largas permanencias en el extranjero que los desvincularon del país. Tal es el caso, en variados testimonios de Luis E. Azarola Gil, de Hugo Barbagelata, de otros menos confesos. Y es expresivo, porque a ningún escritor de los tiempos que siguieron (posiblemente más importantes que ellos) se le ocurrirá ni quejarse ni asombrarse de la postergación; de que un régimen al que no sirven ni quieren servir, los ignore; de que no haya alguna cornisa, fuera de la superficie del país que cubre "la política", en la que pararse, triunfalmente notorios, festejados, recompensados.

A los que escogieron con acierto se les plantearían, claro, otros problemas. La actividad intelectual había sido una tregua en la acción para las generaciones combatientes del XIX: Acevedo Díaz es un caso de ello. Se hacía literatura cuando no se podía hacer política y cuando se hacía política se hacía con la plenitud del ser. El curso posterior del país, más reposado, menos desperdiciador, más exigente de diversificación, hará que el ejercicio cultural sea o un hacer pronto abandonado o un parsimonioso refugio. En unos, cierta vocación temprana y espumosa caducó, por falta de autenticidad cuando algún quehacer más sustancial vino a reemplazarla. En muchos casos no quedó ni siquiera la nostalgia, la amarga frustración que Rodó en su parábola "Albatros", poetizó. En otros, los menos, la actividad intelectual sería el "rincón placentero" en el que refugiarse parcamente sin dar obra y en último término también frustrarse. Tales los casos de Manuel Otero entre los contemporáneos de Batlle, de Juan Antonio Buero más tarde, de Gallinal mucho más cerca de nosotros. ¿Y cuántos ejemplos no podría darnos el presente?

## IX

El lapso que corre entre la constitución de 1917 y el golpe de Estado de 1942 —un cuarto de siglo justo— puede representar el período neutro de la función del intelectual, medio camino entre la relativa importancia que antes tuvo y las actuales cotizaciones. El escritor, hacia 1920, no tiene por sí cotización política y es ya notorio el hecho de que nuestra segunda carta fundamental sólo la hayan firmado, en tanto cabales hombres de letras, Emilio Frugoni y Gustavo Gallinal. El intelectual interviene activamente en política, pero no pesa ya demasiado. Ni Ipuche, ni Bellán, ni Oribe, ni Casaravilla Lemos, ni el mismo Zavala en esa época son figuras muy importantes en sus respectivos partidos (aunque también es seguro que la condición intelectual no fue totalmente ajena a la exitosa carrera política del mismo Zavala, o de Gustavo Gallinal o de Ismael Cortinas).

Esta puede ser, en verdad, la condición normal del hombre de pensamiento en el mundo moderno, si bien por ese entonces (y aun ahora) los materiales para la prueba de tal aserto resultarían, en el Uruguay, insuficientes.

Y es que para medir la influencia real del escritor en la vida histórica tiene que darse una serie de condiciones que nunca se han registrado aquí. Una de ellas es la existencia de auténticos, de anchos prestigios sociales, del tipo de los que Rodó o Zorrilla dis-

frutaron a cierta altura de nuestro pasado, de los que un Tolstoy, un Croce, un Thomas Mann, un Gide, un Valéry, un Ortega, un Bernard Shaw, un Sartre, un Camus, tuvieron o tienen más allá del Atlántico. Otra condición es la existencia de períodos revolucionarios o, por lo menos, de gran fluidez política y en los que, por imperio de esa fluidez o esa revolución, se deshacen las máquinas partidarias y su sempiterna tendencia a la mediocridad y cobran excepcional eficacia en la desorientación social que es también fertilidad, la sugestión configuradora, la idea prestigiosa, el afirmativo mensaje. Última condición sería la de que esas comunidades tengan un centro, unidad, un ámbito resonante de ecos (ya que en la estructura rigurosamente seccionalizada de algunas sociedades modernas ni aquel prestigio ni aquella fluidez de que se hablaba, podrían asegurarse, por sí mismas, la eficacia histórica del intelectual).

Para volver a aquel cuarto de siglo que examinábamos, puede verse que por aquella época los partidos se movían con una holgura de maniobra que hoy puede resultar-nos inalcanzable. No se movían, para ser precisos, no decidían toda su política (y no porque el margen entre ellos fuera abundante) por el cuidado de los sufragios, de cada uno de ellos, de cada fidelidad, de cada complicidad, como hoy ocurre. Esa cura, ese desvelo, que en el presente no les permite poner al margen cargo, honor, distinción alguna, no era tan imperiosa entonces y una latitud mayor se tuvo todavía cuando al producirse el imperio de una situación irregular, Terra buscó promover, más dinámica que hábilmente, una "intelectualidad marxista". (Un llamado al que sólo respondieron viejos colorados antibatllistas de significación menor y unos cuantos periodistas ávidos de cargos.)

Contemporáneamente a este empeño de un gobierno que ansiaba mostrar respeto a la inteligencia sino a la ley, y en clara función de réplica, se produjo un reagrupamiento partidario opositor que entre 1933 y 1938 tuvo su centro en el Ateneo y en el que el escritor, el intelectual tuvo, allí sí, un papel de primera fila. Tal vez la revista Ensayos, publicada desde 1936 y su núcleo director (Gallinal, Machado Ribas, Benvenuto, Gil Salguero, Ibáñez, Sabat Ercasty, Petit Muñoz y Fernández Artucio) sea el mejor testimonio édito de esta acción y esta coincidencia. Y es que en "la década rosada" y a través del manifiesto, el poema o la conferencia, se hace notoria y reiterada, sino proficua, la participación del escritor en los problemas colectivos. Como no ha dejado ya de decirse, la realidad actual es muy otra.

Piénsese en el revuelo que causó en 1912 la nonata embajada de Rodó. Piénsese en el viaje a Europa, en 1955, sin dignidad alguna, en la casi extrema inopia de figura tan considerable como Alberto Zum Felde. Piénsese en las delegaciones actuales a la U. N. E. S. C. O. (aunque Estable y Oribe alguna vez las hayan integrado). Mientras tanto cualquier asno fiel, cualquier cachafaz de bando oficial, cualquier festejado ladronzuelo, cualquier comodín invertebrado, puede tener la seguridad de llegar (se ve anualmente) a los altos cargos de la República y entre ellos, como si nada las especificase, a todas las dignidades de la representación y la función culturales. A pesar de eso, es cierto, existe una "cultura oficial" y obran jurados, exposiciones, revistas y Academias. Tiene esa "cultura oficial", sin embargo, menos que ver con los partidos (aunque sus jerarcas la usen como recompensa menor) que con la elección o ciega, o distraída, o amistosa, de algún burócrata. Sólo exige como condiciones el elogio indiscriminado y sobre todo mutuo, el conformismo, la escrupulosa eliminación de toda opinión arriesgada.

Los diarios políticos, expresión proceral de los partidos, ratifican lo ya dicho. Tomemos el ejemplo, por caso, de algún vespertino "independiente", órgano característico del gran capital bancario, del latifundio, del imperialismo inglés y de la alta burguesía doctoral. Los domingos le dedica una "página para luego" a las letras. Mejor es dejarla para nunca. Pero eso sí está y la encontramos, porque cualquier espectáculo deportivo de eco excepcional, cualquier intempestivo crimen dominical la hace pasar, entre otro material negligible, para mejor ocasión. Los ídolos de ese diario (que sólo tomamos como fácil ejemplo) son también típicos: los presidentes de Bancos, por caso. Los altos mangoneadores de la justicia. Los profesores de Derecho privado, árbitros esclarcidos del fraude honrado, agujas de navegar en la delincuencia segura. Su máximo deliquio lo constituyen, sin embargo, los miembros de esos institutos, tipo el de "Derecho internacional", en los que algunos coloniales más o menos retirados traducen al castellano las consignas recibidas (a veces parece que telefónicamente) desde Embajadas, desde agencias de publicidad.

El papel, importante, que el Comunismo le asigna al escritor podría ser una excepción en este cuadro, ya que le da al hombre de letras una función directiva, lo lleva a sus asambleas, lo coloca en sus listas parlamentarias (no demasiado arriba). Le garantiza, además, la difusión de sus obras en los países controlados. Le asegura, por fin, viajes muy largos y variados. Mientras el intelectual liberal, socialista, anarquista o cristiano busca difícilmente su "acceso al mundo", el comunista, con cierto deleite rascacuero, nos llena los oídos con Bombay, el Tibet o Crimea a la misma escala que los restantes podrían hacerlo, si fuera vistoso, con Buenos Aires, Carmelo o Pueblo Soca. Cuando permanece quietamente en el Uruguay suele jugar a los dos colores, el de la respetabilidad burguesa y el de la apocalipsis revolucionaria. Esto es: reclama el juego limpio del Estado burgués y agnóstico, pone el grito en el cielo ante cualquier incomodidad, cualquier postergación (lo que parece muy bien). Disfruta de sus sueldos (o de su fortuna). Pero confía, sobre todo, en el mañana, ese mañana en el que sus nombres, cubrirán como una ancha bandera, toda la literatura. Juega, como dijimos, a los dos colores. Tiene la seguridad de no perder. Tal actitud, sin embargo, (ya lo decíamos) sólo integra el rubro de las excepciones. Porque en el cuadro actual de los partidos, en cambio (y no deja de ser conclusión melancólica), el intelectual, el escritor, las ideas, las imágenes que su obra convoca, no tienen peso alguno. Sólo es sensible al dinero y al poder de arrastre electoral la firme, creciente y agobiante máquina de intereses que, más acá, más allá de los partidos, configura "el Régimen". Esta es la situación nuda, indiscutible, sin fisuras.

Tiene aquí para nosotros una alta importancia la comprensión clara de qué tipo de regímenes son los que promueven la mejor forma de influencia del escritor, el crédito de su embanderamiento político. Es una meditación tipológica compleja, cuyos resultados aparecerán nada inequívocos. Esa influencia puede basarse, por ejemplo, en un elevado nivel cultural del equipo dominante, dentro de un estilo de gobierno que implique que ese brillo cultural sea, de algún modo, una carta de triunfo. Suele ser ésta la situación de un tipo de gobierno semioligárquico dentro del proceso de la democracia liberal del siglo pasado, en una etapa en la que existe ya un electorado independiente pero todavía dócil, educado, de clase media y, más que nada, de residencia ciudadana. Puede darse también en un momento anterior del proceso político occidental, en regímenes absolutamente oligárquicos, al estilo del inglés anterior a 1832, dentro de los cuales, sin presiones ni urgencias electorales, el equipo dirigente sea culto y quiera, pu-

diendo, recompensar a sus favoritos o esos favoritos pertenecen a él, "per se". Puede darse también en formas más cercanas de democracia liberal-burguesa europea, en las que exista una razonable libertad intelectual, una extensa masa lectora de sólida tradición cultural y obre en esa sociedad, de tipo esencialmente pluralista, un centro resonante de prestigios nacionales, un escenario. Notoriamente es el caso de Francia durante —por lo menos— el siglo último de su existencia. Y esa influencia puede darse, por fin, en los regímenes llamados totalitarios, en sociedades centralizadas y dirigidas, con un indiscutido (o mejor, indiscutible) dogma político-cultural. En ese tipo de regímenes, que emprenden por imperativo de su propia gravitación la reordenación total de las instituciones, las costumbres y las ideas de un pueblo, la colaboración de la literatura, su eficacia en la acción del convencimiento, el ablandamiento y (también) el embrujamiento, adquiere valor decisivo. En esos totalitarismos o en los grupos internacionales que les sirven, el escritor sí, disfruta de un prestigio y de unos gajes que si se hallan atrás de los del hombre de ciencia apenas tienen similares en la sociedad. Aunque anotemos el "pero", inminente desde el principio: todo eso reza con el escritor que sirve, con el que se alinea. "El resto es silencio" y mismo ese que sirve está expuesto a la desgracia fulminante, a la cotidiana rectificación, a la minuciosa "autocrítica".

En ninguna de las precedentes condiciones puede tipificarse, como es notorio, el Régimen uruguayo. Pero una más ceñida indagación en este punto ya sería inútil. Reflejo, y no seguramente el único, de un período confuso, infortunado, inequívocamente transitorio, del desarrollo de Iberoamérica, su misma negatividad, su misma renuncia a lograr la adhesión de los nuevos sectores culturales y juveniles del país es, para el futuro, el mejor de los síntomas. Pues este fenómeno de tan extremo divorcio entre una superestructura político-económica y los mismos fueros de la vida, la creación, la inteligencia decreta que no son estas fuerzas, irrestañables, las que han de perimir, sino la inerte, la onerosa masa que las ignora y las constriñe.

CARLOS REAL DE AZUA.